

Titulo original:

*BILAN Bulletin théorique mensuel de la fraction de gauche du P.C.I.
N° 3 (janvier 1934)*

Traducción:

Ángel Rojo

Primera edición:

Abril de 2023

Hermanos Bueso Ediciones

www.hermanosbueso.com

B I L A N

BOLETÍN TEÓRICO MENSUAL DE LA
FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL P. C. I.

SUMARIO

| | |
|--|----|
| El significado del jefe proletario – Sobre la conmemoración de Lenin, Liebknecht y Luxemburg | 2 |
| Van der Lubbe – Los fascistas ejecutan. Socialistas y centristas aplauden | 9 |
| Por los funerales de las víctimas del «Diana» | 17 |
| Movimiento comunista internacional – Resolución de la Liga sobre la nueva orientación de la oposición | 21 |
| El principio democrático (continuación y final) | 25 |
| Roosevelt al timón (Mitchell) | 32 |
| El caso Calligaris | 48 |

EL SIGNIFICADO DEL JEFE PROLETARIO

Sobre la conmemoración de Lenin – Liebknecht – Luxemburg

La canonización del jefe proletario representa la anulación de su obra, de su papel y de su vida. Ni Lenin, ni Liebknecht, ni Luxemburg fueron genios «accidentales», individuos aislados que poseían virtudes intrínsecas, superhombres gigantescos que irrumpieron bruscamente en la arena social para modificar su aspecto según sus intenciones y gracias a la capacidad de su genio. Estos grandes jefes, de los que hoy conmemoramos su aniversario, el jefe proletario en general, no son seres misteriosos y trascendentes que escapan a todo intento de interpretación, sino que son producto de una época histórica, la más clara expresión de las fuerzas revolucionarias de una determinada época.

La congénita sociabilidad de la especie humana hace de todo cerebro una expresión colectiva: el pensamiento de todo individuo no es en definitiva más que el reflejo de su medio social. La producción intelectual, que es unitaria en las primeras formaciones sociales, en las que aún no están presentes los antagonismos económicos, va encaminada por tanto a conservar y desarrollar el patrimonio común frente a los ataques externos.

Como en este periodo no existen diferencias económicas en el interior de la tribu, asistimos a un uso social y armónico de las diferentes capacidades intelectuales y naturales de los individuos. La aparición de las clases rompe toda posibilidad de armonizar al individuo con la sociedad, y es entonces cuando se forman tantas ideologías y jefes como clases existen. La dinámica de este combate entre las clases permite a las clases fundamentales asimilar, absorber toda la actividad económica, política, intelectual de las capas intermedias. El jefe proletario es quien sintetiza, en nombre de la clase proletaria y en torno a ella, el esfuerzo de liberación de todos los oprimidos: la liberación de la propia humanidad frente a la clase explotadora, que defenderá su dominio aun a riesgo de echar por tierra toda convivencia humana.

Individuos y jefes son elementos, expresiones moleculares de la clase; el significado y el papel de los individuos y de los jefes no son concebibles sino en relación a la clase: el mayor genio, el individuo más valiente, no son más que una expresión histórica transitoria si se los separa de su clase y su evolución histórica. En cambio, los individuos y jefes ligados a la clase y a su proceso de desarrollo representan otros tantos elementos psicológicos de esta clase. La gestación de ésta se produce mediante un mecanismo muy complejo; y por eso el consumo de las energías humanas, su descomposición, su paso al enemigo, no determinan inmediatamente el nacimiento de nuevas expresiones sintetizadas de la clase.

Pero el papel histórico de la clase no se altera con su desertión, con la traición de los militantes o de los jefes; la evolución de su desarrollo puede verse comprometida momentáneamente, pero pronto surgen nuevas energías gracias a estas experiencias negativas, ciertamente saludables para la vida y el desarrollo de la clase.

El individuo y el jefe no competen sino a la clase a la que pertenecen, al servicio de la cual han puesto su vida e inteligencia. No son personalidades que obsequien a la clase con un material ideológico o intelectual que han desarrollado ellos solos, por sí mismos.

Lenin, Liebknecht y Luxemburg pasarán a la historia como expresión de la clase proletaria, de momentos particulares de su ascenso, y no como genios o héroes capaces de conferir a la clase obrera sus particulares cualidades personales. Otras mentes mucho más poderosas en el terreno político, otros héroes más importantes que estos jefes proletarios, desaparecieron de la escena histórica porque no supieron concretar cuáles eran las necesidades de la clase proletaria y de su lucha. El jefe proletario, pues, es aquél que poniendo toda su actividad general, particularmente la intelectual, al servicio de la clase proletaria, suprime toda individualidad.

*
* *

Los jefes de la revolución burguesa se encontraban en unas condiciones históricas muchísimo más favorables. Esto se debía al papel histórico de la burguesía, que simplemente venía a sustituir una clase privilegiada por otra, para pasar luego a reorganizar la sociedad sobre esta nueva base. La tarea del jefe de la revolución proletaria es mucho más compleja. El mecanismo económico no da lugar a la formación de nuevos privilegios y a una nueva explotación, pues la tarea de la revolución proletaria es precisamente liberar a la humanidad de toda atadura a las fuerzas económicas. El desarrollo industrial plantea las condiciones necesarias para abolir las clases; por tanto, la tarea del proletariado —al contrario que las clases revolucionarias que le precedieron y que se hicieron reaccionarias al llegar al poder— no es transformar la sociedad para imponer privilegios económicos. Su papel es esencialmente político y consiste en expulsar de la historia a la burguesía y a todas las fuerzas regresivas que quieren mantener vivo al capitalismo, y con él la sujeción al viejo orden del imperio de las fuerzas económicas sobre el hombre.

La tarea política del proletariado se manifestará principalmente en las salidas que hallará a las diferentes situaciones, canalizando en torno a la lucha revolucionaria todas las reacciones producto de los antagonismos sociales y haciéndolos eclosionar. Esta tarea política es el resultado directo del esfuerzo intelectual que debe realizar el partido y su jerarquía. Si, para defender su régimen, el enemigo capitalista únicamente contase con elementos materiales, estaría condenado al fracaso. Al representar a una ínfima minoría de la sociedad, el capitalismo se ve obligado a recurrir a millones de hombres procedentes de las clases a las que explota, para poder construir todo su aparato de dominio y represión. Por tanto, si existiese una relación directa entre los antagonismos sociales y la lucha por su eliminación, el capitalismo no tendría ninguna posibilidad de conservar la dirección de la sociedad durante el transcurso de la lucha revolucionaria del proletariado y la gestación de la sociedad comunista; el soldado, el policía, el gendarme, el juez, el funcionario, todos se darían cuenta de que sus intereses no están relacionados con la conservación de la burguesía, sino que son opuestos y consisten en suprimir el actual régimen.

Pero el capitalismo consigue intervenir directa o indirectamente en la formación y el desarrollo de estas capas intermedias del proletariado y del propio

partido de la clase obrera; ahí radica su única posibilidad de supervivencia. Cuando llega el momento de la verdad, no es la violencia contra la clase obrera lo que puede salvar a la burguesía, sino la corrupción del partido de la clase obrera y de sus jefes.

*
* *

Las armas para la lucha proletaria se basan en una serie de fórmulas capitales que permiten al proletariado intervenir con éxito en todos los movimientos de masas producidos por los antagonismos sociales. Desarrollar estas fórmulas capitales es un penoso trabajo que requiere años; los problemas del proletariado y de su lucha no se solucionan en una biblioteca ni siguiendo los procedimientos de un Compendio de Lógica. La materia con la que la clase obrera debe actuar brota de esta doble experiencia histórica: por un lado, la burguesía puede dominar y aplastar todas las reacciones clasistas que produce su régimen, y por otro lado, el proletariado, en el transcurso de los acontecimientos, logrará extraer el significado de estas reacciones para dar un objetivo positivo y concreto a la lucha de las clases explotadas. Todo este trabajo no puede depender de la libre voluntad o del genio de ciertos individuos, aunque sean obreros. **Hace falta un organismo que condense todo este esfuerzo, unas reglas que condicionen este trabajo, una jerarquía que coordine esta actividad, hacen falta órganos ejecutivos y jefes, hace falta un jefe.**

El organismo, las reglas, la jerarquía dependen de condiciones sociales e históricas, no son elucubraciones de individuos geniales. El partido, por tanto, es el organismo a través del cual la clase obrera desarrolla su incesante esfuerzo por dar una expresión y un significado a las luchas de su clase. El programa, la política y la táctica del partido son el reflejo tangible de diferentes épocas y situaciones históricas. La jerarquía es el guía que permite dirigir los ejércitos proletarios. La lucha de la clase y su mecanismo representan la materia sobre la que el partido actúa, la cual condiciona a su vez la estructura del propio partido.

El poder del capitalismo se establece ramificándose por todos los países. Esto quiere decir que los poderes locales y represivos no representan pedazos sueltos y discordantes de la estructura del Estado, sino que forman parte del engranaje de su organismo central. El proletariado debe fundar su estructura organizativa sobre una base análoga. Al frente debe haber un órgano central que comprenda totalmente las necesidades históricas del proletariado; y en la base, organismos y comités, las ramificaciones del organismo central. El conjunto del partido, es decir, el organismo central y los locales, representan la osamenta de la clase obrera, su guía para las luchas contingentes y para la lucha final. En toda lucha, así como cuando llega la hora de la verdad, la rapidez y la decisión de las soluciones corresponde sólo a un círculo restringido de individuos, y a veces a uno solo; también en el partido, las situaciones decisivas, a menudo no requerirán más que la intervención de una persona. Efectivamente, los momentos en que la evolución de las luchas sociales se precipita hacia fases decisivas son muy breves; el destino de las clases se decide en cuestión de horas, a veces muy pocas. La noche del 7 de noviembre fue decisiva en los acontecimientos rusos, que el proletariado no podía resolver con una consulta, por restringida que fuera. Sólo el partido podía

hacerlo: una decisión centralizada, rápida y fulminante debía dar respuesta a los acontecimientos, que se desarrollaban con la velocidad y la violencia del rayo, y Lenin cumplió esta tarea. En cambio, en Italia, el consejo del partido¹ y de la Confederación sindical discutieron durante siete días, mientras se ocupaban las fábricas, lo cual llevó directamente al camino que consagraba la victoria del capitalismo, cuando la historia se encaminaba hacia tempestades revolucionarias.

Ya hemos indicado cómo y por qué hay que plantear el problema de las necesarias jerarquías y jefes sin prestar atención a la personalidad o el genio. El hecho de que Lenin estuviera ausente el 7 de noviembre o de que cayera enfermo, no hizo que la revolución fracasara fatalmente. El trabajo clasista que Lenin había llevado a cabo, vino también acompañado de otros elementos que, habiendo quedado eclipsados durante los acontecimientos por la presencia de Lenin, probablemente aparecieron con menor o igual capacidad aquella misma noche del 7 de noviembre.

Para nosotros, se trata de que la clase se personifique en el jefe, y no a la inversa, es decir, que el jefe prevalezca sobre la clase. El mecanismo organizativo del partido, que determina la jerarquía, permite distinguir claramente cómo se va produciendo la selección intelectual dentro del partido. En las instancias superiores del partido no se coloca al militante con mayores cualidades intelectuales, sino que estos órganos centrales y locales los ocupan quienes demuestran una mayor capacidad política. Por otra parte, dentro del partido es frecuente que un obrero, con cierto cargo, dé órdenes a un profesor universitario.

*
* *

Las condiciones particulares en las que se forma y desarrolla la clase obrera en los distintos países se determinan desde una perspectiva mundial. Un proletariado puede estar en condiciones de sacar adelante un trabajo teórico de alcance mundial. La clase obrera, en Rusia, se desarrolló en estas particulares condiciones: coexistencia de un poder feudal y de un joven capitalismo muy concentrado, un campesinado atrasado y un proletariado extremadamente denso en los centros industriales y las grandes ciudades. Este proletariado podía apoyarse en las experiencias que habían vivido los trabajadores de otros países, en el transcurso de la lucha contra el poder capitalista, y lograr así neutralizar a la oposición capitalista al zarismo, para dar el salto que enlazara el feudalismo con la dictadura del proletariado, sin pasar por la dominación burguesa. Fue en estas condiciones históricas como la clase obrera mundial se gestó en Rusia, en el periodo imperialista del capitalismo. Lenin sacó provecho a las condiciones objetivas, escuchó atentamente la voz de la clase obrera mundial y de la rusa y logró levantar el partido bolchevique. Se convirtió en su jefe porque en sus trabajos teóricos traducía la voluntad de la clase obrera y concretaba sus objetivos.

Lo que coloca a Rosa Luxemburg en segunda fila con respecto a Lenin no es ninguna inferioridad intelectual. Antes que la clase obrera rusa, era la clase obrera alemana la que ocupaba el primer puesto en la lucha por los intereses del proletariado mundial. Sobre todo en la época de la Primera Internacional, son sus militantes los que ocupan las primeras filas como guías de la lucha proletaria mundial. Rosa y Liebknecht ciertamente dieron muestras

de una abnegación y un trabajo intelectual tan intenso como el del propio Lenin, antes de ser asesinados sin haber tenido la oportunidad de recoger los frutos de su trabajo revolucionario. En aquel momento, el capitalismo alemán atravesaba su fase ascendente y (al contrario que el capitalismo ruso, que no tenía ninguna perspectiva ante sí) podía arrastrar consigo a todas las formaciones que dirigían el movimiento proletario. En esas circunstancias, la lucha de Luxemburg adquiere una importancia y significado inmenso, aunque no acabara coronada con el éxito. En 1903, Lenin abordó los problemas de la constitución del partido bolchevique, y durante 15 años se entregó a su construcción, pasando por la revolución de 1905, su derrota y la crítica de su derrota. Luxemburg y los Espartaquistas no iniciaron la formación de un nuevo partido comunista hasta diciembre de 1918, pero a diferencia de lo que hicieron los bolcheviques en Rusia, el Spartakus Bund no había cumplido —desde el punto de vista teórico y organizativo— con las previas tareas fraccionales en el seno de la socialdemocracia. En enero y mayo de 1919, los movimientos huelguísticos de Berlín y el levantamiento bávaro se desarrollaron sin un partido comunista que pudiera guiarlos hacia la victoria revolucionaria. Además, el capitalismo alemán ya había pasado por ciertas experiencias en marzo de 1917, de las que había sacado ciertas lecciones. Aquella vez cedió el famoso vagón blindado que condujo a Rusia al jefe de la Revolución de Octubre. Cuando la situación en Alemania se volvió incandescente, sometida a convulsiones y erupciones sociales, el capitalismo comprendió que debía decapitar al proletariado y a su joven partido comunista. Este aún no había podido desarrollar un trabajo de largo alcance y era demasiado joven como para poder reemplazar inmediatamente a sus jefes asesinados. Tras la brutal ejecución de Luxemburg y Liebknecht, a la clase obrera alemana le fue imposible reconstruir su esqueleto al ritmo de las tempestades revolucionarias de 1920-21 y de 1923.

*
* *

En la situación actual de profunda crisis en el movimiento comunista, estos aniversarios que conmemoramos sirven para sacar la falsa conclusión de que hace falta crear de golpe cuadros, estados-mayores y jefes. Se trata de presentar a Lenin como el jefe que provocó las conmociones sociales que desembocaron en octubre de 1917. Por tanto, bastaría con formar, a la luz de su política, nuevos estados-mayores, otros jefes, para que el proletariado pudiera retomar tranquilamente el camino de la lucha revolucionaria. El problema del jefe proletario se plantea así sobre una base invertida: en un periodo de retroceso revolucionario, no hay jefe que pueda alterar el desarrollo de los acontecimientos; el comunista, siguiendo el ejemplo de Lenin, debe entregarse a la obra de reconstrucción de los cuadros de los partidos revolucionarios. El problema revolucionario no atañe a los individuos, sino a las clases, y para modificar la situación antes hay que reconstruir el organismo de la clase obrera. El propio Lenin, si hubiera vivido tras la derrota del proletariado alemán, no hubiera logrado, gracias a sus órdenes, que los acontecimientos evolucionaran de manera distinta a la que hemos visto. Sin duda habría contribuido a retomar la lucha revolucionaria en los distintos países, pues, permaneciendo fiel a su pasado íntegro e inalterable, en lugar de considerar la derrota alemana como una confirmación de las posiciones políticas defendidas (justi-

ficando la derrota de 1923 con errores organizativos o de Brandler), habría puesto sobre el tapete todos los elementos políticos de la lucha y, mediante una disección implacable, habría restablecido las condiciones para continuar la lucha revolucionaria. Teniendo en cuenta que la derrota de 1923 supuso un giro de gran importancia a favor del capitalismo, probablemente Lenin hubiera sido derrotado y habría sufrido la suerte de Trotsky, de Bordiga y de todos los comunistas expulsados de las filas de una Internacional conquistada por el centrismo.

*
* *

La bandera del proletariado está hoy pisoteada por la burguesía. Sobre los restos de una clase obrera derrotada por el capitalismo, que ha ganado para su causa al propio Estado proletario, se sientan las bases para la santificación de los jefes que hoy recordamos. Vaciado de todo su significado comunista e internacional, Lenin se convierte en el apóstol del socialismo en un solo país. Al centrismo no le es difícil, merced a unas frases sacadas fraudulentamente de contexto, atribuir gratuitamente al jefe de la Revolución de Octubre la paternidad de la política que actualmente se aplica en los partidos comunistas. Vaciado de su poderoso significado de luchador contra todos los errores de la democracia, también se pretende hacer de Lenin el apóstol de las consignas democráticas. Y sin embargo, nadie se dedicó tanto como él a indagar en el contenido de clase de las instituciones, de los organismos y del Estado. Además, cualquiera puede repetir fácilmente esta estafa, que consiste en emplear frases arrancadas de su realidad histórica y de su contexto. A Luxemburg también se le transforma en apóstol de la democracia, a ella, que fue asesinada por orden de las fuerzas de la contrarrevolución democrática.

Igual que ocurre con Marx y Engels, también en Lenin y Luxemburg podríamos «hallar» alguna contradicción flagrante entre sus declaraciones de principios y sus afirmaciones políticas en ciertas situaciones contingentes. En realidad, no existen tales contradicciones: las declaraciones de principios atañen a toda una época histórica, que concluye con la insurrección proletaria, mientras que las formulaciones políticas contingentes y de agitación sirven para reunir alrededor de la vanguardia comunista a las masas de trabajadores y de clases medias. Pero el papel de las formaciones políticas intermedias no es en absoluto inmutable, aunque tiende a inclinarse a la reacción conforme aumenta la posibilidad de una acción revolucionaria del proletariado.

Lenin es el continuador de Marx porque revisó la posición contingente que éste había aplicado en 1848-49 frente a la democracia, convertida en una fuerza reaccionaria de primer orden en la nueva fase del imperialismo capitalista. Los revolucionarios que prosigan la labor de Lenin, Luxemburg y Liebknecht, tras un análisis real de la función de las fuerzas sociales presentes en la época de guerras y revoluciones, llegarán a conclusiones diferentes a las que impusieron a nuestros jefes las contingencias de la época en la que vivieron. Estos nos han dejado en herencia sus principios, que nosotros debemos investigar para conocer en qué circunstancias fueron proclamados. Si nos dedicamos a extraer principios a partir de fórmulas pasajeras de agitación, estaríamos desnaturalizándolos y pisoteándolos, les daríamos un significado opuesto al que le dieron quienes los formularon en sus obras principales. Marx dice en el *18 Brumario*: «**Para llevar a cabo su propio objetivo,**

la revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos. Antes, la frase desbordaba el contenido, ahora es el contenido el que desborda a la frase». La lucha del proletariado tiene todo el futuro por delante: sus fases sucesivas se entrelazan no como eslabones iguales en una cadena, sino como distintas fases de su ascenso. Canonizar a los jefes proletarios equivale a canonizar unas fórmulas contingentes de agitación que, al no corresponderse ya con la nueva realidad, facilitan los planes de conservación del capitalismo. Los movimientos del proletariado, sus posiciones, no pueden extraerse más que de la dolorosa experiencia; y el proletariado no podrá inspirarse en su pasado si no comprende que, en cada periodo de su ascenso, se plantean ante él nuevos problemas políticos que sólo puede resolver si los entiende correctamente.

La Segunda Internacional, que puso al proletariado mundial al servicio del capitalismo para conducirlo a la guerra, intentó valerse de los nombres de Marx y Engels para consumir su traición. En el periodo actual, el centrismo se dispone a repetir la misma traición, llevando hasta las últimas consecuencias la política del socialismo en un solo país, y para ello se valdrá del nombre de Lenin. Pero el proletariado sabrá reconocer a sus jefes, y cuando se resarza –gracias a la reconstrucción de su partido de clase en medio de las tormentas sociales de la guerra– cortará las manos, como lo hicieron los bolcheviques en 1917, a los traidores que pretendan aferrarse a Lenin, Liebknecht o Luxemburg.

Si bien hemos sido derrotados, no nos queda sino empezar de nuevo por el principio. El tiempo y el descanso, probablemente muy breve, que se nos ha concedido entre el final del primer acto del movimiento y el inicio del segundo, nos da, afortunadamente, un respiro para poder abordar una parte verdaderamente necesaria de nuestro trabajo: el estudio de las causas que han desencadenado la pasada explosión y que al mismo tiempo nos han llevado al fracaso. Y estas causas no hay que buscarlas en circunstancias accidentales: esfuerzos, talentos, errores y traiciones de algunos jefes, sino en la situación social general y en las condiciones de existencia de cada una de las naciones inmersas en la agitación revolucionaria.

VAN DER LUBBE

Los fascistas ejecutan. Socialistas y centristas aplauden.

La cabeza de Van der Lubbe² por fin está en el canasto: he aquí el triste epílogo del proceso de Leipzig y el contra-proceso de París³. Jueces y contra-jueces pueden estar satisfechos: «El provocador ha expiado su crimen». Y no se puede decir que el verdugo haya hecho justicia en medio de la indiferencia general, pues, ¿acaso el órgano del partido comunista francés, *L'Humanité*, no había denunciado «el mayor escándalo judicial del siglo»? El veredicto ha demostrado que aún hay jueces y justicia en el mundo, que la conciencia universal, la opinión pública mundial, alborotada por la «flor y nata proletaria», reunida en el contra-proceso de Londres, ha desbaratado la maniobra de los «provocadores», impidiendo que se lleve a cabo este gran escándalo judicial. Ahí está la cuchilla de la guillotina para demostrar a otros «provocadores» que no vale la pena, que si mañana alguien osa desafiar a la conciencia del mundo entero, se topará de nuevo frente a los jueces, los contra-jueces y los verdugos, que castigarán al culpable para que la orquesta pueda tocar sin interrupciones. Desde el fascista al demócrata, desde el centrista al opositor, incluso el anarquista se pondría en pie para sumarse a este coro unánime del «mundo civilizado» que clama contra la provocación, el escándalo judicial y la idiotez del terrorismo, el instrumento inconsciente del fascismo, el siervo del «morfinómano» Goering.

Para el verdugo de Leipzig la única fuerza que contaba era el gobierno de los verdugos de los marinos de las «Siete provincias». Todas las organizaciones de masas que actuaban en el medio proletario se esforzaron en demostrar a los obreros de todos los países que Van der Lubbe era un provocador. Por otra parte, los escasos grupos proletarios —entre ellos nosotros— que no unieron su voz a la de los socialistas y centristas o que tomaron partido abiertamente en defensa del albañil de Leiden, reivindicando su gesto, carecían de influencia sobre los obreros.

Pero, ¿acaso «el mayor escándalo judicial del siglo», según *L'Humanité*, no ha fracasado a causa de un «mayor escándalo en el movimiento obrero»? Las circunstancias en las que ha caído la cabeza de Van der Lubbe, ¿acaso no significan que fascistas, demócratas, socialistas y centristas ya habían decapitado al proletariado mundial, al que sin su partido de clase le era imposible reaccionar ante la tragedia del proceso de Leipzig y el contra-proceso de Londres y de París?

*
* *

Tan pronto como la noticia del atentado llegaba al extranjero, el 27 de febrero de 1933, la prensa socialista, centrista y opositora, uniendo su voz a la prensa gubernamental de los países democráticos, habló inmediatamente de una maquinación de Hitler y Goering. Y sin embargo, nadie sabía nada acerca de Van der Lubbe, ni de sus supuestas relaciones con los nazis. Los militantes proletarios «más de izquierdas» se ponían manos a la obra para hacer caer

al fascismo en su propia trampa, movilizándolo la conciencia universal contra este atentado para que esta sana empresa ganara las simpatías de «todo el mundo». La indignación no podía sino extenderse «de un extremo a otro del globo», dejando al fascismo atrapado: todo consistía en preparar bien la campaña sobre el «gran escándalo que iba a producirse». Así se creó la atmósfera alrededor del incendio del Reichstag, y no se puede negar que el *Livre brun*⁴ y el contra-juicio de Londres no hayan llevado hasta el final esta campaña, hecha a base de escándalos, en la que la prensa centrista ciertamente se ha colocado en primera fila realizando reportajes para impresionar al «ciudadano de a pie».

De esta forma, no se trata de que sean los hechos los que predispongan a atribuir a Hitler la iniciativa del incendio, pues de todos modos, aunque Van der Lubbe hubiera tomado la precaución de encargar a sus amigos que revelaran sus verdaderas intenciones, nada hubiera evitado que se lanzara esta campaña contra la «provocación».

Hay que analizar esta mentalidad, que conduce directamente a considerar que el atentado, el acto terrorista, no puede ser sino una maquinación fascista indispensable para consolidarse en el poder y aplastar a sus adversarios. Esta mentalidad es consecuencia principalmente de dos posturas, una es perfectamente lógica y la otra se corresponde completamente con la degeneración que gangrena el movimiento comunista, tras la victoria del centrismo en los partidos comunistas.

Para los demócratas y socialdemócratas, el fascismo no representa un movimiento burgués; según ellos, el capitalismo no puede vivir sin democracia, y a cada instante tratan de hacer creer a los obreros que si no la trae Bruening, será Hindenburg, Von Papen o Hugenberg quienes lo hagan, pues sólo están esperando el momento apropiado para pasar a la ofensiva contra la invasión fascista. El hecho de que no exista un verdadero partido comunista en Alemania no significa que la socialdemocracia no pueda cumplir de nuevo el papel que ya jugó en la terrible experiencia italiana. Aunque en Alemania las condiciones para que la socialdemocracia cumpla esta función son mucho más complicadas, aún conserva el poder en Prusia y es un elemento indispensable en el juego de Bruening dentro del Reichstag; los Severing, Braun y compañía han cumplido honorablemente su tarea de sepultureros de las organizaciones proletarias. El capitalismo tuvo que enfrentarse durante dos años al problema de evitar que los trabajadores emplearan su fuerza y la de sus organizaciones durante sus combates de clase en plena crisis. La socialdemocracia permanecía en su puesto, defendiendo otra vez al capitalismo. Decía a los obreros que para evitar lo «peor» debían abandonar toda lucha obrera, que solo hacía el juego al fascismo.

Cuando la socialdemocracia invita a los obreros a no defenderse con violencia, dejando que la iniciativa de la «violencia criminal» corra a cargo del fascismo, dejando incluso que se consumen los crímenes de las bandas fascistas, actúa según la lógica del papel histórico que le corresponde. La gran prudencia socialdemócrata decía a los obreros que de esta forma no tendrían ni una gota de sangre en su conciencia y podrían apelar «al sentido de la responsabilidad» de los gobiernos burgueses.

El capitalismo liberal y democrático, escuchando las «voces» proletarias, y gracias a una investidura divina, recobraría su alma desgraciadamente ex-

traviada. En definitiva, los proletarios volverían a ser corderos fieles al rebaño, que llaman al orden a su guardián, para que el capitalismo siga administrando las píldoras de la libertad y la democracia. Sin embargo, la historia no está hecha de encuentros pacíficos entre corderos que entran y salen del rebaño y sus guardianes, propietarios que nunca dejan de serlo. La historia, sobre todo la historia del capitalismo, es la de sus conmociones económicas y de clase; y si, ante la falta de un partido de clase, **la crisis económica sin salida se cruza con una crisis sin salida de la revolución**, el organismo social que no haya logrado construirse sobre unas bases proletarias, a través de la insurrección triunfante del proletariado, se reconstituirá y se organizará sobre bases capitalistas, hostigando a quien se le ponga por delante, y aparecerá en lo sucesivo como el verdugo fascista.

¿Acaso la socialdemocracia italiana primero y la alemana después no han llamado la atención a los obreros acerca de la sífilis de Mussolini, la morfomanía de Goering, la oposición del rey de Italia o del presidente Hindenburg, del liberal Giolitti o del nacionalista Hugenberg, o, en fin, acerca de la reacción o la revuelta de la burguesía contra el fascismo? Los obreros aguardarán así a que el propio capitalismo les salve del fascismo, mientras dejan pasar toda ocasión para lucha proletaria, y se llegará así a una situación que permitirá a la burguesía agrupar a los obreros a su alrededor y desencadenar la guerra.

Cuando ocurrió el incendio del Reichstag, era perfectamente posible, no podía ser de otro modo, que los socialdemócratas hablaran de «provocación» contra el capitalismo, el cual, sorprendido en enero de 1933 ante la llegada de Hitler al poder, se preparaba para liberarse de esta fuerza medieval por medio del señor Hugenberg o el señor Von Papen. ¿Acaso el socialismo no predica que es necesario que el proletariado se oponga permanentemente a la violencia? ¿No es él el «anti-violento» por excelencia, como demostró en 1920 en Alemania asesinando a miles de espartaquistas? Es cierto, sin duda la violencia de 1918-1920 estaba justificada, pues debía hacer frente a la lucha de los trabajadores por su emancipación y era la única garantía para conservar el imperio del capitalismo. La violencia de Van der Lubbe, sin embargo, compromete el «retorno» de este capitalismo, es una provocación. El gesto de Van der Lubbe, que viene a decir que la violencia es una arma necesaria para el proletariado, choca con la oposición encarnizada de la socialdemocracia, completamente predisuelta a pasar a primer plano en la cruzada contra el albañil de Leiden. Había osado cometer el sacrilegio de dar una muerte heroica al parlamento alemán, tratando hacer desaparecer bajo las llamas esta institución burguesa, que defendía al capitalismo contra la revolución y que durante catorce años se había mostrado indispensable para la burguesía en su trabajo de anular a todas las organizaciones de la clase obrera.

*
* *

El ascenso del fascismo en Italia, la instauración y el fortalecimiento de la dictadura de los camisas negras, ha tenido que hacer frente a una serie de atentados y actos terroristas.

Estos actos terroristas se expresaron de diversas formas, y no se limitaron a la persona de Mussolini hasta después de la marcha sobre Roma. Así, hubo un periodo llamado de las «cerillas», en el que se incendiaron enormes

bosques. Con motivo del incendio de los astilleros de San Marco, el proletariado de Trieste escribió una de las páginas más gloriosas de su historia.

Los comunistas en ningún momento los consideraron actos de provocación, aunque sabían claramente que el fascismo trataría de sacarles partido, justificando una lucha cada vez más violenta contra su vanguardia. Tras el atentado en el «Diana» en 1921, el pánico se generalizó incluso entre los anarquistas y su incontestable jefe, Malatesta, que había dado muchas muestras de coraje y firmeza. Pero los comunistas nunca unieron su voz a ese concierto unánime contra los atentados, sino que siempre rompían el coro de lamentos hipócritas y disculpas temerosas, e incluso en ciertas ocasiones ni siquiera reivindicaban su oposición de principio contra los actos terroristas, pues eso era hacerle el juego al enemigo y dejarle aprovechar las circunstancias para quitar de la cabeza a la clase obrera la idea de que la violencia es necesaria. Pero por aquel entonces el centrismo aún no dirigía los partidos comunistas y, desde el punto de vista doctrinal, la divergencia con los anarquistas se planteaba en el terreno de la necesaria preparación de la insurrección, que según nosotros debía apoyarse en los movimientos clasistas, y que según ellos era resultado de la multiplicación de gestos individuales. Por otro lado, en la práctica esta divergencia se manifestaba en la forma que tenían los comunistas de entender la lucha obrera. Ésta no se desarrolla según un esquema militar de control del armamento y la disciplina, sino que es reflejo de los movimientos de clase. Por tanto, los comunistas podían explicar abiertamente los actos terroristas y los atentados, encuadrándolos en el proceso de la lucha revolucionaria del proletariado. Los anarquistas, por su parte, trataban de aprovechar estos gestos para que los obreros abandonaran sus organizaciones de clase y, sobre todo, la actividad del partido de la clase obrera.

Lenin decía que Plejanov no había comprendido nada de la política de los comunistas hacia los anarquistas: no se trataba de luchar contra ellos y sofocar el espíritu de lucha y sacrificio de estos militantes, sino de disciplinarlos y coordinarlos con el conjunto del movimiento revolucionario. No pocos militantes, miembros de los diferentes grupos de oposición, ortodoxos y heterodoxos, harían bien en releer estas páginas de Lenin, en lugar de apresurarse a lanzar graves y solemnes sentencias sobre «la idiotez» de tal o cual gesto a la hora de analizar y juzgar los acontecimientos de España (uniéndose de esa forma a los reformistas). Así dejarían de hacer «responsables» a los anarquistas de la reacción monárquica.

El incendio del Reichstag es un vivo ejemplo de la desnaturalización de la postura comunista respecto a gesto terrorista individual. En el fondo, se renuncia a considerar que las situaciones están determinadas por los contrastes de clase y por el plan del enemigo de estrangular, con la instauración del fascismo, todas las organizaciones de clase del proletariado, o de corromper hasta la médula las organizaciones obreras con la ayuda de una dirección socialdemócrata o centrista, que se pondrá al servicio de la conservación del capitalismo. La socialdemocracia y el centrismo dirán que la clase obrera no debe ni puede agruparse dentro de las fronteras de su programa para hacer frente al enemigo; le obligaran a buscar otros medios de defensa. El incendio de Reichstag se produjo ante la santa indignación del capitalismo, ante ¡oh!, qué sinceridad la del fascismo— el espanto frente a la violencia y el atentado contra las sagradas instituciones de la democracia, ante la conmoción de las

clases medias, de los intelectuales que buscan constantemente un poder fuerte que garantice un poco de tranquilidad a su miserable vida económica y que, con gran entusiasmo, encuentran una tabla de salvación en los despachos, los sindicatos y las tropas de asalto; por tanto, hay que alimentar la ridícula presunción de estos intelectuales y dejarles que dirijan a los obreros en el nombre de la patria y de un Estado fuerte. Según el socialista y el centrista, ante la derrota de los trabajadores, contra los cuales se desencadena el ataque capitalista, el proletariado sólo tiene una vía de salvación: unirse a esta repugnante puesta en escena, rechazar toda solidaridad con el incendiario y decir bien alto que el incendio del Reichstag es obra de provocadores que pretenden favorecer el plan de los fascistas; es más, esta banda de asesinos fascistas, «delincuentes habituales» que han llegado al poder despreciando todas las leyes de la sociedad democrática del capitalismo, necesitan a estos provocadores.

La suerte de la clase obrera se pone a merced de un comisario de policía que, instigado por Hitler o Goering, prepara y ejecuta la jugada del incendio del Reichstag, necesaria para transformar de cabo a rabo la situación del proletariado. Así es como se ha considerado desde el principio el incendio del 27 de febrero de 1933. Como si la situación hubiera sido otra de no producirse el incendio; como si para rechazar o neutralizar el ataque fascista tuviéramos que movilizar a esa «conciencia universal», poniendo así el escándalo en evidencia y descubriendo la maniobra de Goering y Hitler, al servicio de los cuales estaría Van der Lubbe.

El pánico de la clase obrera y la conmoción de las clases medias son hechos reales a los cuales hay que dar una solución proletaria y en ningún caso se puede decir que el fascismo necesite estas grandes puestas en escena para realizar sus planes. En cambio, si las masas obreras renuncian a su lucha contra el capitalismo, si (en una hipótesis completamente abstracta) la burguesía lograra organizar y mantener su dominio en medio de la «paz social», se aseguraría de que los esclavos de su explotación permanecen absolutamente tranquilos. La comparación de la experiencia italiana con la alemana demuestra de manera incontestable que si la violencia de Hitler ha sido mucho menor, ello se debe a que la clase obrera italiana opuso una resistencia enérgica y armada al ascenso del fascismo. Y esto no porque los obreros italianos tengan cualidades superiores a los obreros alemanes, sino a causa de factores históricos positivos: la clase obrera italiana no arrastraba las heridas de múltiples traiciones y podía contar con la Internacional Comunista; mientras que el proletariado alemán, en su penosa y sangrienta resistencia frente al ataque fascista, se ha encontrado con el formidable obstáculo que representa el centrismo, que no ha lanzado ni una llamada para movilizar a la clase obrera mundial en apoyo a los proletarios alemanes. Hemos hecho esta comparación para reaccionar contra esta mentalidad podrida según la cual el incendio del Reichstag fue forzosa, ineluctable y naturalmente obra de provocadores y no un producto de la situación que atravesaba el proletariado alemán tras la victoria de Hitler.

Millones de votos en las elecciones, una victoria socialista que aseguraba el triunfo de Hindenburg sobre Hitler, doble victoria del partido comunista según los centristas, que alardeaban así del «éxito de la correcta política bolchevique». Y como colofón, como síntesis de todas las victorias, el gobierno

de Hitler, preparado directamente por los 100 días de gobierno del «general social» Von Schleicher, este general que según se cuenta habría obligado a socialistas y comunistas a ir a la huelga general a finales de enero para evitar el gobierno de Hitler. Para resaltar la derrota y la corrupción del movimiento comunista, basta con ver a ciertos dirigentes de S.A.P (Partido Obrero Socialista), que pretenden poner en evidencia el choque o enfrentamiento entre capitalismo y fascismo dando pábulo a este gesto de Von Schleicher hacia los dirigentes socialistas o comunistas.

En una situación de hundimiento generalizado de las organizaciones y de los partidos de masas tradicionales no es extraño que se produzcan estos actos terroristas. A partir de ahora podemos afirmar que la perspectiva de la situación actual es que esos gestos se repetirán tanto en Alemania como en Italia. La postura comunista frente a estos actos individuales sólo puede ser esta: explicar estos gestos y tratar de contextualizarlos en el problema de la lucha general de la clase obrera. Las condiciones en las que estamos obligados a luchar, dado el triunfo del centrismo, hacen muy difícil y casi imposible dar una solución firme al nuevo problema que el movimiento fascista plantea a la clase obrera. Si se producen movimientos clasistas o se prevé una huelga en los países fascistas, ¿hay que pasar a actos de terrorismo individual para que las masas que se disponen a emprender la lucha por sus reivindicaciones inmediatas vean que es necesario y posible dar una forma violenta y armada a estas luchas, algo por otra parte indispensable para lograr cierto éxito frente a un capitalismo que se ve obligado –por circunstancias económicas particulares– a reducir a los obreros a la condición de esclavos que ya ni siquiera pueden soñar con defenderse de su esclavitud?

Respecto al proceso del Reichstag, los comunistas debían, por tanto, rechazar firmemente la trampa que les ofrecían. No tenían el deber de pronunciarse ni a favor ni en contra, sino de explicar que frente a los asesinatos de proletarios cometidos por socialdemócratas o fascistas, frente a un mar de sangre obrera, el gesto aislado de un proletario contra el Reichstag es como lanzar una piedra. Su deber era alertar a la clase obrera de que hay que enfrentarse al escándalo del enemigo, que es necesario defender las organizaciones de la clase obrera y que sólo se pueden defender ejerciendo la violencia proletaria.

Había que cortar de raíz esa corriente unánime alimentada de escándalos sobre el incendio del Reichstag. Los comunistas debían proclamar a los obreros que su partido de clase, lejos de asociarse a las especulaciones del enemigo, saca a los canallas de su madriguera; que el problema no era la provocación fascista, sino la movilización de todas las energías hacia una defensa eficaz. Al fascismo le gustaría aprovechar el incendio a su favor, presentándose como el defensor del orden; el proletariado debía afirmarse como una amenaza a ese orden, aprestándose a defender sus organizaciones de clase para derribar el orden capitalista. Así, incluso aceptando la hipótesis de que fuera una provocación, las eventuales maquinaciones de un comisario de policía deberían toparse con un proletariado dispuesto a no dejarse engañar. El comunista, aunque sólo pueda editar un panfleto poligrafiado, debe afirmar que el deber del proletariado es multiplicar los actos de violencia –conectados a los movimientos de clase–, para poder así llevar a cabo su ataque insurreccional. Los que dicen que el incendio del Reichstag era **indispensable** para

el fascismo, deberían preguntarse si los asesinatos de Altona, de Colonia o el plebiscito de noviembre han requerido sus correspondientes incendios del Reichstag.

Pero dadas las características de la mentalidad de los actuales grupos comunistas, lo normal es que traten de explicar su postura, que intenten darle una respuesta y una solución «comunistas», aislándola, sin atender a los principios ni analizar y comparar las experiencias, lo cual les lleva finalmente a esta conclusión: «Es una provocación, hay que lanzarse a la carrera y desenmascararla». El epílogo de Leipzig nos demuestra cómo han desenmascarado la provocación los contra-jueces de Londres y París, mientras permitían que el fascismo saliera reforzado en Alemania.

La posición anti-comunista de la que se parte tiene sus consecuencias. El proletariado mundial, sus organizaciones y sus luchas van a dejarse deliberadamente de lado. Los manifiestos que se lanzan sobre el incendio del Reichstag nunca emanan de los partidos, sino de la mezcla abigarrada de siglas que los firman al final, en las que nos encontramos casi de todo: el grupo femenino o deportivo del partido, los Amigos de la URSS o los Amigos de la Paz, pero por ningún lado aparece una mención a un partido comunista. Todas estas organizaciones colaterales al partido (que lejos de apoyar el movimiento comunista son apéndices del centrismo y de su política contrarrevolucionaria) son las que han lanzado los manifiestos de apoyo a los contra-jueces. ¿Y quiénes son éstos? Nitti, el verdugo ya licenciado del proletariado italiano; la señora Darrow y Hays, los colegas de los jueces que han achicharrado a Sacco y Vanzetti; Mr. Pritt, consejero del Tribunal Real de Inglaterra; Lord Marley, vice-presidente de la Cámara de los Lores y demás elementos, todos muy «ligados» a la lucha proletaria, y que han dado los últimos retoques a este «tribunal de justicia» con la edición del *Livre brun de la vérité*. Hay que destacar aquí que el contra-proceso de Londres ha sido el eje de toda la campaña mundial, y no un elemento de apoyo eventualmente favorable para la acción del proletariado en apoyo a los acusados de Leipzig. Y esto no sólo lo demuestra el hecho de que los comunistas se hayan quedado en segundo plano y no hayan participado, sino sobre todo esa tesis central, que dice que hay que movilizar a la «conciencia universal».

Se trataba de una provocación, el responsable era Goering y Van der Lubbe era el instrumento empleado por aquel. Desde ese momento, la clase obrera mundial perdió su peso específico, no podía intervenir si no era apoyando la tesis de los contra-jueces y asociándose a las manifestaciones por el triunfo de la «justicia». El proletariado sólo habría podido cumplir su papel específico planteando el problema de otra manera, llamando a la defensa de los acusados, de todos los acusados, Van der Lubbe, Dimitrov, Popov, Tanev y Torgler. Este es el verdadero significado del hecho de que el fascismo haya querido comprometer judicialmente al partido comunista: **para impedir que se generalicen este tipo de actos violentos en el transcurso de los planes de organización fascista en Alemania, hay que golpear a la organización históricamente llamada a llevar a cabo la victoria, violenta e insurreccional, contra el capitalismo. El centrismo puede inmovilizar y aniquilar esta función histórica del partido comunista, pero no puede evitar o impedir que se forme una fracción de izquierda que asegure la continuidad del partido de clase del proletariado.** Sobre esta base, la inculpación de los

militantes comunistas adquiere su verdadero significado; habría que haber defendido jurídicamente a estos militantes sin presentarlos como «políticos inocentes» atrapados en la red de los provocadores.

Y el fascismo además les siguió el juego: a Dimitrov se le permitió lo que no fue consentido ni en Altona ni en Dusseldorf, donde se ejecutó a decenas de obreros, a los que el *Livre brun* les dedicaba tanto las páginas de los asesinatos fascistas como las de las hazañas de los contra-jueces de Londres y de París.

El propio Dimitrov, que al principio tuvo una actitud capaz de despertar el entusiasmo de las masas obreras, descendió al final al nivel de las bajezas de los contra-jueces, al declarar (ver *L'Humanité* del 17 de diciembre de 1933): **«Pido, por tanto, que se condene a Van der Lubbe por su trabajo en contra del proletariado»**. Los verdugos de Leipzig respondieron: han castigado a Van der Lubbe, ganándose el título de «proletarios» de primer orden para el movimiento obrero.

*
* *

¿Ha sido Van der Lubbe un instrumento inconsciente en manos de los fascistas? No hay pruebas a este respecto, pero de lo que sí que hay pruebas es del hecho siguiente: si el fascismo quisiera comprometer jurídicamente a los militantes del partido, no tendría por qué hacer el idiota de esta forma, inculcando a quienes han demostrado tener coartadas irrefutables, pudiendo preparar mucho mejor la escena del incendio, para lo cual no le faltaban medios. Lo que le interesaba al fascismo era aprovechar el incendio para golpear políticamente al partido, que ya hemos explicado cómo ha reaccionado y se ha defendido.

Van der Lubbe estaba sólo ante un mundo repleto de enemigos. Durante el juicio, incluso se vio obligado a renunciar a reivindicar su gesto, pues habría comprometido la defensa de los demás inculcados. ¿No decían estos que eran víctimas de una maquinación fascista? Si Van der Lubbe hubiera osado reivindicar su acto, le habrían respondido que continuaba con su labor de provocador, al destruir la tesis sobre la que se apoyaba la defensa y disculpar así a los responsables fascistas.

Semejante tragedia debe haber acabado con la vida de Van der Lubbe mucho antes de que llegara el verdugo. Con su silencio, ha sacrificado incluso su moral. Rodeado de enemigos, en una situación en la que la vida de los demás inculcados le exigía mantener una actitud de atonía e insensibilidad, terminó declarando que sabía a lo que se exponía cuando cometió el incendio del Reichstag, y que no esperaba más que la muerte, es decir, que terminara el juicio.

Ahora que el enemigo ya tiene su cabeza, los grupos de proletarios que pueden defender su memoria son insignificantes. Mañana, cuando el proletariado reconstruya su partido, al calor de las batallas revolucionarias, a jueces y contra-jueces, a socialistas y centristas les llegará su turno. El régimen que defienden sucumbirá bajo los golpes de la clase obrera, que reconocerá en el «provocador» Van der Lubbe a uno de los suyos, y le vengará en la batalla insurreccional por la instauración de la dictadura del proletariado.

POR LOS FUNERALES DE LAS VÍCTIMAS DEL «DIANA»

El proceso del Reichstag se ha desarrollado en una atmósfera de total rechazo a los actos terroristas. Despreciando las enseñanzas de Marx y Lenin sobre las acciones terroristas de «Voluntad del Pueblo» en Rusia, todas las organizaciones, incluidas las centristas, se han apresurado a desvincularse del acto de Van der Lubbe, llegando incluso a pedir al fascismo que caiga la cabeza de este proletario, que pretendía con su acción desesperada reanimar el espíritu de lucha del proletariado alemán. Creemos oportuno, pues, publicar una resolución que adoptó el P.C.I., en la época en que lo dirigía la izquierda, con ocasión de un atentado terrorista cometido por elementos anarquistas, que lanzaron una bomba en un teatro de Milán, hiriendo y matando a los espectadores. Esto sucedió en 1921, siete meses después de la ocupación de fábricas. Con la ayuda del aparato del Estado, los fascistas habían conseguido ya en esta época conquistar las provincias agrícolas y se disponían a atacar las ciudades rojas, los bastiones del proletariado revolucionario. Inmediatamente, trataron de sacar partido a este acto desesperado, intentando arrastrar consigo a las capas indecisas de la pequeña burguesía y acentuar su reacción anti-proletaria.

El partido comunista, fundado apenas dos meses antes, a pesar del jaleo armado por los fascistas y el pánico de la socialdemocracia, no dudó en adoptar resueltamente posiciones clasistas, esforzándose en explicar las circunstancias políticas que provocan los atentados terroristas. Los jefes socialdemócratas, como Turati y sus compinches, pregonaban la no-violencia y exhortaban a la clase a una lucha «civilizada», es decir, a que rechazasen solemnemente todo empleo de la violencia a la hora de intentar resolver los antagonismos socio-políticos, y finalmente llegaron a firmar un pacto de pacificación con el enemigo de clase, el fascismo, siguiendo las reglas al uso en los tratados diplomáticos. El partido comunista, en cambio, propugnó una actitud de resistencia a toda veleidad fascista de explotar este suceso contra la clase obrera, alertando así a los proletarios para que prepararan la ofensiva ulterior. Esta posición está en flagrante oposición con la actitud del centrismo en Alemania, que en nombre de la inocencia política de sus militantes se esforzó lamentablemente en demostrar que no habían participado en el incendio del Reichstag, y en señalar el profundo foso que separaba su actividad de las acciones terroristas. El P.C.A permitió, de esta forma, que el fascismo sacara partido de este hecho, pasando inmediatamente a una represión feroz contra el movimiento obrero, que, debido en parte a la posición adoptada por el partido, reculó y fue aplastado despiadadamente.

¡TRABAJADORES DE MILÁN!

Los acontecimientos sobrevenidos estos últimos días han dado pie a las especulaciones de los partidos de la clase burguesa, a las cuales nosotros debemos dar réplica.

Audaces minorías, organizadas para la acción contrarrevolucionaria y llamadas a enfrentarse al avance de la clase obrera hacia sus objetivos de lucha fijados por el programa comunista, tratan de sacar partido a un senti-

mentalismo fácil con el fin de arrastrar tras de sí a las capas intermedias y a todos los elementos indecisos y sin partido, tratando de suscitar en la llamada opinión pública de nuestra ciudad un estado de ánimo hostil al proletariado revolucionario.

Esta maniobra, que además ha tenido cierto éxito gracias en parte a la insuficiencia e ineptitud de algunos dirigentes de masas, no puede y no debe triunfar en Milán*. Nosotros, comunistas, confiando en la conciencia de las masas obreras de Milán, nos vemos en la necesidad de poner en evidencia el juego de nuestros adversarios y señalar los errores en los que se puede caer si planteamos el problema de la forma errónea, como pretenden hacer los dirigentes socialistas. Tenemos que repetir lo que ya dijimos en Bolonia tras el asesinato a manos de desconocidos del consejero municipal burgués. Los dirigentes del movimiento obrero de la ciudad creyeron que debían condenar el acto del que se les acusaba, dando pie así a la especulación política sobre un cadáver.

Creyeron que podían poner fin a las especulaciones explicando la diferencia que existía entre sus métodos políticos y los de aquellos que cometieron el atentado. Pero sólo consiguieron sembrar el derrotismo entre los trabajadores y favorecer la maniobra de sus adversarios. Éstos, aprovechando la desorientación y la postura irresponsable de los dirigentes de las organizaciones obreras, se envalentonaron para desencadenar una ofensiva que encontró a los obreros desorganizados, tras haber perdido la confianza en sus organizaciones, y obtuvo una cómoda victoria con la que golpeó la dignidad de la clase obrera y destruyó sus conquistas.

Respecto a las víctimas del «Diana», vemos como se repiten esas cínicas y viles especulaciones que pretenden romper la cohesión de la masa obrera. A la burguesía ciertamente no le conmueven los muertos y heridos del «Diana». Aunque cerró sus tiendas por imposición fascista, seguía, con el cierre echado, al acecho de la ganancia, lo que constituye toda su moral de clase. Entre tanto, continuaban las especulaciones y algunos de vuestros dirigentes lanzaron las frases que el adversario estaba esperando. Esas eran las consecuencias de su acción punitiva, que trataba de rechazar y hacer añicos el empuje revolucionario.

Proletarios comunistas,

Vuestra respuesta, la nuestra, debe ser muy diferente.

Por más ruido que armen nuestros adversarios, nosotros no estamos obligados a juzgar los actos que ellos escogen para desplegar sus maniobras. Nuestro programa es conocido, no trataremos de modificarlo o excusarlo para dar explicaciones a la prensa anti-proletaria y a la propaganda contrarrevolucionaria.

* En la ciudad de Bolonia, el primer día de gobierno municipal socialista, elegido por una amplia mayoría, se produjeron graves incidentes. Hubo disparos contra los representantes de la minoría burguesa del consejo municipal y uno de ellos murió. Los fascistas se apresuraron a explotar el suceso y los dirigentes socialistas, presas del pánico, no supieron sino desentenderse públicamente, permitiendo así el éxito de la maniobra burguesa y el retroceso del movimiento obrero de Bolonia, la primera gran derrota del proletariado italiano.

El desencadenamiento de la lucha trae como consecuencia episodios trágicos que no tenemos por qué juzgar, ni aprobándolos ni rechazándolos. Nuestras responsabilidades se derivan claramente de nuestro programa. Por otra parte, creemos que es nuestro deber reafirmar la gran verdad histórica proclamada por el comunismo de que no hay más salida a la situación que la victoria revolucionaria de los trabajadores, que traerá un nuevo orden verdaderamente civilizado, o el hundimiento de toda vida social en la más negra de las barbaries.

Más que desaparecer de la historia, la burguesía parece que pretende la ruina total de la sociedad humana. Las bandas blancas, que tratan de romper el avance emancipador de los trabajadores, trabajan a favor de esta solución siniestra. Nosotros esperamos y creemos que la fuerza consciente del proletariado vencerá a estas bandas. Pero aunque esto no suceda, éstas tampoco evitarán la caída final del podrido orden de la sociedad burguesa. El proletariado de Milán no debe dejarse impresionar por una hábil puesta en escena y una aparente humanidad que se tornaran en odio hacia los trabajadores para aplastar su movimiento de clase.

No hay que dar al adversario la satisfacción de ver cómo el proletariado milanés se une a estas manifestaciones hipócritas, que representan la primera etapa del violento camino que se propone emprender.

Que se celebren, pues, los funerales de las víctimas. Nosotros nos abstenemos de hacer ese tipo de manifestaciones, a las que muy oportunamente se pretende dar un carácter anti-proletario y con las cuales se busca forjar de nuevo una solidaridad de clase que esconde una celada y el apetito desenfrenado de dominio de la clase privilegiada. Pero si estas manifestaciones avanzan un solo paso por la vía de la agresión al proletariado y a sus organizaciones de clase, del ultraje contra nuestro y vuestro impulso revolucionario, entonces, trabajadores de Milán, responderemos con toda nuestra y vuestra energía. La maniobra de los contrarrevolucionarios debe fracasar. El proletariado de Milán, que no olvida su pasado, se mantendrá en su puesto, listo para defender el honor de su bandera roja y el destino de la futura ofensiva, en la que ocupará su lugar junto a sus compañeros de lucha de toda Italia y del mundo entero, por la victoria de la revolución mundial.

Il Comunista, 30 de marzo de 1921.

El cerebro del jefe es un instrumento material que funciona en la medida en que permanece ligado al partido y al conjunto de la clase; las ideas que el jefe expresa como teórico, así como las instrucciones que da como dirigente práctico, no las ha creado él mismo, sino que son puntualizaciones sobre un concepto cuyos materiales pertenecen a la clase, al partido, y que son el fruto de una larga experiencia. Estos elementos no siempre se presentan en el jefe bajo la forma de una erudición mecánica; no tenemos explicación, pues, para esos casos de intuición verdaderamente profética, los cuales, lejos de reflejar la transcendencia de ciertos individuos sobre la masa, demuestran más bien nuestro punto de vista, esto es, que el jefe es un instrumento de trabajo y no el motor del pensamiento ni de la acción común.

MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Resolución de la Liga sobre la nueva orientación de la oposición

La fracción, sobre la base de una carta del C.E. que se ha publicado en el boletín interno de la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica, ha establecido con ella una colaboración, lo cual evidentemente no implica que nuestras posiciones políticas sean idénticas. Lo cierto es que la Liga no ha hecho suyas las condenas de principio (!) que la Oposición de Izquierda ha vertido sobre la fracción, y además ha declarado estar de acuerdo en proceder a elaborar una plataforma política basada en los principios sancionados por la Revolución Rusa y la fundación de la Internacional Comunista. En estas condiciones, la colaboración entre la Liga y la Fracción puede continuar. Publicamos a continuación la resolución de la Liga referente a la IV Internacional, que en varios puntos no concuerda con la resolución del C.E. de la fracción acerca de la Internacional 2 y $\frac{3}{4}$, publicada en el n° 1 de Bilan. Esperamos poder publicar pronto la resolución que adoptará la Liga respecto a nuestra crítica sobre el giro efectuado por la Oposición de Izquierda. Únicamente después será posible promover una polémica susceptible de ofrecer resultados concretos para el movimiento comunista.

I. La Oposición de Izquierda Comunista Internacional, dado el carácter de las resoluciones que ha defendido y sus declaraciones en la conferencia de los partidos socialistas no adheridos a ninguna Internacional, celebrada en París, acaba de dar un importante giro a su política. Su postura a favor de crear una nueva Internacional y partidos comunistas independientes constituye un serio progreso en relación a las posiciones que defendía anteriormente. La consigna de construir una nueva Internacional se justifica debido al hundimiento absoluto de la III Internacional en el transcurso de la derrota del proletariado alemán. En un momento en el que el proletariado mundial esperaba las consignas y los actos decisivos por parte de la I.C., este derrumbe denota una insolvencia mayor y más completa que las registradas en el transcurso de anteriores situaciones históricas.

Si hasta ahora la Liga de Comunistas Internacionalistas era partidaria de que los comunistas de la Oposición militasen en organizaciones independientes y trabajen a escala nacional, está claro que tras esta catástrofe hay que dar un paso más y proclamar ya abiertamente que es necesario fundar una IV Internacional.

II. La creación de una Internacional Revolucionaria del proletariado no puede hacerse en cualquier momento. Para formar una organización como esa no basta con que las viejas formaciones que pretendían cumplir esta función hayan demostrado, con su fracaso, que son incapaces de llevar hasta el fin la lucha por la Revolución. También es necesario que los principios sobre los que pretende basarse esta Internacional encuentren en la acción obrera algunos puntos de apoyo, tanto a escala nacional como internacional.

Mientras no existan importantes fracciones adheridas a los mismos principios que esta nueva organización internacional, todo intento de levantar este organismo está condenado obligatoriamente al fracaso. Para que surja la nueva Internacional Comunista primero debe resurgir el comunismo entre los proletariados de al menos uno de los principales países industrializados.

Por tanto, no se trata de proclamar de inmediato la IV Internacional, sino de comenzar un trabajo de clarificación ideológica y de propaganda comunista indispensable para preparar las condiciones de su creación en las circunstancias adecuadas.

La dolorosa derrota del proletariado alemán y la situación en Austria hacen que este trabajo sea urgente. La derrota del proletariado en estos países ha aumentado la fuerza de la reacción capitalista en el mundo entero, por lo que es importante no perder un solo instante y ofrecer al proletariado el arma que necesita para su victoria. Por otra parte, la quiebra de la II y III Internacional quebrantan la confianza que los trabajadores habían puesto en ellas.

Puede parecer que, dadas las circunstancias, no es necesario aplazar la creación de la nueva Internacional hasta que la clase obrera esté realmente preparada para ello. Pero este punto de vista es falso. Toda acción prematura sería contraproducente. Un nuevo fracaso, después de los registrados durante los últimos años, arruinaría por mucho tiempo todo intento de acción revolucionaria internacional del proletariado.

III. La Liga de Comunistas Internacionalistas suscribe la declaración de la Oposición de Izquierda en la Conferencia de París (*La Vérité*, n° 170), que dice que «la unidad de la clase obrera no puede alcanzarse mezclando conceptos reformistas y revolucionarios». Pero tal y como se desarrolló la Conferencia de París, ese riesgo existe. Por supuesto, la Izquierda Comunista no sólo no puede rechazar, sino que debe tomar la iniciativa a la hora de profundizar y confrontar su programa con las formaciones que han salido de la II Internacional o los grupos socialistas que, desde hace tiempo, viven al margen de ella. Pero por otro lado, la Izquierda Comunista no puede seguir ignorando a los grupos de oposición comunista que en los últimos diez años se vienen apartando de la I.C.

Buen número de ellos ha participado en la creación de la Oposición Internacional de Izquierda. Ésta, antes de tratar de unirse a los socialistas de izquierda, debería esforzarse por unificar estas organizaciones. La formación de una Oposición Internacional unificada sería un serio progreso y un punto de apoyo considerable y completamente positivo para empezar una confrontación de ideas con los grupos procedentes de la socialdemocracia.

No hace falta decir que este reagrupamiento, aunque se limite a los cuadros de la oposición, no debe dejar de lado los principios ni desembocar en unas relaciones que dejen éstos al margen. Por citar un ejemplo, parece difícil llegar a un acuerdo con los brandlerianos que desde hace tanto tiempo defienden esas falsas ideas sobre la inocencia del Partido Comunista Ruso en el fracaso de la Internacional.

Esto no quiere decir que no sea necesario confrontar general y sistemáticamente los programas de los distintos grupos de oposición. En Francia no habría que excluir de esta confrontación a ninguno de los grupos comunistas. A este respecto, la Izquierda Comunista Internacional debería hacer un llama-

miento a los grupos adheridos a la antigua Comunidad de Trabajo de Berlín, al Círculo Comunista Democrático, a la Federación independiente del Este, así como a otros grupos semejantes. Habría que crear una revista internacional de discusión, que englobara a los representantes de estas organizaciones. Esta discusión serviría de preparación de cara a la reunión de un Congreso Internacional de grupos comunistas.

IV. En Bélgica, el mayor obstáculo para que se reúnan las dos ramas del comunismo de izquierda lo representa la nueva orientación de la Oposición Internacional de Izquierda. La unión entre esta sección de la Oposición y la Liga se podría efectuar inmediatamente si existiera un acuerdo en considerar, como primera tarea de la nueva organización unificada, la elaboración de un programa que resuma los principios generales del comunismo internacional y trace las principales directivas de la acción revolucionaria en este país.

El único límite que deberían tener las discusiones previas a la elaboración de este programa es el de ceñirse las enseñanzas del comunismo internacionalista, tal y como se desprenden de la revolución rusa de octubre y se concretan en los cuatro primeros Congresos de la I.C., que se atienen a los principios generales sin fijar ni elaborar reglas tácticas obligatorias.

El mismo límite debe imponerse a los trabajos de la Oposición de Izquierda Comunista, que debe integrar esos principios en el capital ideológico de un comunismo renovado, sin considerar obligatorio lo que atañe a la táctica.

V. El hecho de que la Oposición de Izquierda ya no obstaculice la fusión no significa que deje de haber divergencias entre ambas organizaciones. Éstas subsisten y se expresan ahora con más claridad en lo que respecta al camino a seguir para llegar a construir una verdadera Internacional revolucionaria. Estas divergencias deben solucionarse a través de una confrontación permanente de su teoría y su actividad.

Para poder efectuar esta confrontación y darle una solución definitiva en un sentido u otro, hay que garantizar a las distintas tendencias el más amplio derecho de expresión, incluido el derecho de los camaradas de estas tendencias a reunirse para presentar los documentos que ellos crean necesarios.

Resolución adoptada el 24 de septiembre de 1933 en la reunión nacional de los grupos de la Liga de Comunistas Internacionalistas.

Un revolucionario sin carácter, vacilante en las cuestiones teóricas, de horizonte limitado, que se deja llevar por la espontaneidad del movimiento de masas, que se parece más a un secretario sindical que a un tribuno popular, sin un plan audaz y de envergadura capaz de imponer respeto a sus adversarios, un revolucionario inexperto y torpe en su oficio (la lucha contra la policía política), ¿es un revolucionario? No, sólo es un miserable y tosco artesano. No se ofendan por el epíteto, pues en lo que respecta a la falta de preparación, yo soy el primero en aplicármelo a mí mismo. He trabajado en un círculo que se ocupaba de vastas tareas y, como todos mis camaradas, sufría al ver que no éramos más que toscos artesanos en aquel momento histórico, en el que una organización de revolucionarios hubiese puesto a Rusia del revés.

LENIN, *¿Qué hacer?*

EL PRINCIPIO DEMOCRÁTICO

(Continuación y final)

Una vez demostrado que el principio democrático no tiene ninguna virtud intrínseca y que no vale nada como **principio**, pues es más bien un mero **mecanismo** organizativo fundado en una simple y banal presunción aritmética (según la cual la mayoría tiene razón y la minoría se equivoca), veamos ahora en qué medida este mecanismo es útil y suficiente en la vida de aquellas organizaciones que comprenden colectivos más limitados, colectivos que no están divididos por las fronteras de ningún antagonismo surgido de su condición económica, considerando estas organizaciones en su proceso de desarrollo histórico.

¿Podemos aplicar el mecanismo democrático a la dictadura proletaria, es decir, a la forma de Estado que surge de la victoria revolucionaria de las clases rebeldes al poder del Estado burgués, de manera que podamos definir esta forma de Estado como una «democracia proletaria», debido al mecanismo interno de delegación y jerarquía? Esta cuestión hay que abordarla sin prejuicios. Podemos afirmar que mientras la propia evolución de los acontecimientos no suministre ningún otro mecanismo, se pueden emplear determinadas modalidades del propio mecanismo democrático. No obstante, hay que tener presente que no hay ninguna razón para aceptar **a priori** el concepto de soberanía de la «mayoría» del proletariado. Al día siguiente de la revolución, la colectividad aún no será completamente homogénea y no constituirá una sola clase. En Rusia, por ejemplo, el poder está en manos de la clase obrera y campesina, pero a poco que consideremos todo el desarrollo del movimiento revolucionario, es fácil demostrar que el proletariado industrial, aun siendo mucho menos numeroso que el campesinado, representa una parte mucho más importante, y es lógico, por tanto, que en el seno de los consejos proletarios, en el mecanismo de los Soviets, el voto de un obrero tenga mucho más valor que el de un campesino.

No pretendemos analizar aquí todas las características de la constitución del Estado proletario. No concebimos éste en su aspecto inmanente, como hacen los reaccionarios con la monarquía de derecho divino, los liberales con el parlamentarismo de sufragio universal y los anarquistas con el no-Estado. El Estado proletario, como organización de una clase contra otras clases que deben ser despojadas de sus privilegios económicos, es una fuerza histórica real que se adapta al objetivo que persigue, es decir, a las necesidades para las cuales ha sido creado. En ciertos momentos, esta fuerza puede impulsarse mediante vastas consultas a las masas, y en otros mediante organismos ejecutivos restringidos, investidos con plenos poderes. Lo esencial es que esta organización del poder proletario se dote de los medios y las armas para abatir el privilegio económico burgués y las resistencias políticas y militares burguesas, con el objeto de preparar la desaparición de las propias clases, modificando cada vez más profundamente sus propias tareas y su estructura.

Una cosa es segura: mientras la democracia burguesa no tiene otro fin efectivo más que mantener a las grandes masas proletarias y pequeñoburguesas apartadas de toda influencia en la dirección del Estado, coto privado de

las grandes oligarquías industriales, bancarias y agrarias, la dictadura proletaria debe lograr implicar en la lucha que encarna a las más amplias capas de las masas proletarias y semiproletarias. Y sólo quienes estén dominados por sus prejuicios pueden identificar el logro de este objetivo con la formación de un vasto engranaje de consultas electorales. Éstas pueden ser frecuentes, o no serlo, como sucederá más a menudo, dado que con estas formas de participación muchos proletarios se abstienen luego de participar en otras manifestaciones activas de la lucha de clase. Por otra parte, la gravedad que adquiere la lucha en ciertas fases exige rapidez en los movimientos y en la toma de decisiones, así como una centralización organizativa de todos los esfuerzos bajo una dirección común. Para cumplir con estas exigencias, las características del engranaje constitucional del Estado proletario deben romper directamente con los cánones de la democracia burguesa, como demuestran tantas enseñanzas de la experiencia rusa. Esto lleva a los partidarios de aquella a denunciar la violación de las libertades, enmascarando esos prejuicios de filisteo a través de los cuales la demagogia siempre trata de defender el poder de los privilegiados. El mecanismo constitucional de la organización estatal de la dictadura del proletariado no es sólo consultivo, sino también ejecutivo. En efecto, la participación, ya no de toda la masa de electores, pero sí al menos del vasto sector compuesto por sus delegados, en las funciones de la vida política no es intermitente, sino continua. Es interesante señalar que esto se consigue sin socavar el carácter unitario de la actividad de todo el aparato, precisamente porque se parte de unos criterios opuestos a los del hiperliberalismo burgués, es decir, suprimiendo sustancialmente el sufragio **directo** y la representación **proporcional**. Y todo ello, como hemos visto, después de haber echado ya por tierra otro de sus dogmas sagrados, el **sufragio equivalente**.

No pretendemos establecer estos nuevos criterios como principios del mecanismo representativo, ni fijarlos en una constitución, pues podrían modificarse al cambiar las circunstancias. En todo caso, debemos aclarar que no atribuimos ninguna virtud intrínseca a estas formas de organización y representación. Todo lo que hemos demostrado se puede resumir en una tesis marxista basilar, que puede enunciarse así: «la revolución no es un problema de formas de organización». La revolución no es sino un problema de contenido, es decir, de movimiento y de acción de fuerzas revolucionarias a través de un proceso incesante que no podemos teorizar cristalizándolo en los vanos experimentos de una inmóvil «doctrina constitucional».

De todas formas, el mecanismo de los consejos obreros no se basa en el criterio propio de la democracia burguesa, según el cual todo ciudadano puede elegir directamente a su delegado en el órgano supremo de representación: el Parlamento. Por el contrario, existen diferentes niveles de consejos obreros y campesinos, que se extienden territorialmente hasta llegar al Congreso de los Soviets. Cada consejo local o de distrito elige a sus delegados para el Consejo Superior, así como su administración, es decir, su correspondiente órgano ejecutivo. Si bien por la base, en los consejos de la ciudad y del campo, se consulta a todas las masas, en cambio para elegir a los delegados al Consejo Superior y el resto de cargos, las distintas agrupaciones de electores no votan siguiendo un sistema de representación proporcional, sino un sistema de mayorías, eligiendo sus delegados según la lista presentada por los partidos. Por lo demás, puesto que normalmente se trata de elegir al delegado

que representa la relación entre un nivel superior y otro inferior de los consejos, es evidente que el escrutinio de la lista y la representación proporcional, dogmas del liberalismo formal, están de más. Como cada escalón de consejos da lugar a organismos que no son únicamente consultivos, sino también administrativos y además estrechamente relacionados con la administración central, es evidente que a medida que ascendemos a órganos representativos más restringidos hallaremos, no ya asambleas parlamentarias de charlatanes que discuten interminablemente sin poner nada en marcha, sino cuerpos homogéneos y restringidos capaces de dirigir la acción, la lucha política y el correspondiente camino revolucionario de todas las masas así encuadradas.

A las virtudes de este mecanismo, que absolutamente ningún otro proyecto constitucional posee automáticamente en sí mismo, se añade la presencia del partido político, un factor de primer orden cuyo contenido supera con creces su pura forma organizativa y cuya conciencia y voluntad colectivas y activas le permiten trabajar de cara a las necesidades de un largo proceso que progresa sin parar. Este es el órgano que más se aproxima a una colectividad unitaria, homogénea y solidaria en la acción. En realidad, engloba en sus filas sólo a una minoría de las masas, pero el carácter de esta minoría, que lo distingue de otros organismos representativos abiertos a capas más amplias, es precisamente el que permite al partido representar los intereses y el movimiento colectivo mejor que cualquier otro órgano. En el partido político se lleva a cabo la participación continua e ininterrumpida de todos sus miembros en la ejecución de un trabajo común, y se prepara la solución a los problemas de la lucha y la reconstrucción, de los cuales el grueso de las masas no es consciente hasta que los tienen delante. Por todas estas razones, en aquel tipo de aparato de representación y delegación, tan distinto a la mentira democrática, fundado por un sector de la población que se ve empujado en el curso de la revolución por sus fundamentales intereses comunes, es natural que la elección espontánea de delegados recaiga en los elementos propuestos por el partido revolucionario, armado para responder a las exigencias de la lucha y a unos problemas para los que ha sabido y podido prepararse. Hay que aclarar, no obstante, que nosotros no consideramos que el partido adquiriera automáticamente esta facultad en virtud de un especial criterio a la hora de construirse. El partido puede ser o no capaz de cumplir su papel de propulsor del trabajo revolucionario de una clase, y aquí no nos referimos a los partidos políticos en general, sino a uno concreto, al comunista, que además no es inmune a los múltiples peligros de degeneración y disolución. Las características objetivas que permiten al partido estar a la altura de sus tareas no se hallan en los mecanismos aprobados en sus estatutos, ni dependen de ninguna medida organizativa interna, sino que se forman a través de su proceso de desarrollo y de su participación en las luchas y la acción, forjando una orientación común en torno a una concepción del proceso histórico, a un programa fundamental que se va precisando como conciencia colectiva y al mismo tiempo como firme disciplina organizativa. Estas ideas se desarrollan en las tesis sobre la táctica del partido presentadas al Congreso del Partido Comunista de Italia, conocidas por el lector*.

* Esperamos poder publicar estas tesis, conocidas por el nombre de Tesis de Roma, en los próximos números.

Volviendo a la naturaleza del engranaje constitucional de la dictadura proletaria, que como hemos visto tiene funciones tanto legislativas como ejecutivas en sus distintos niveles sucesivos, debemos añadir algunas cosas para precisar cuáles son las tareas de la vida colectiva para las que este engranaje dispone de funciones e iniciativas ejecutivas, que son la razón de ser de su propia existencia y de las relaciones de su elástico mecanismo, en continua evolución. Consideremos el periodo inicial del poder proletario, del que tenemos un buen ejemplo en los últimos cuatro años y medio de dictadura proletaria en Rusia. No pretendemos entrar a analizar cuál será el sistema definitivo de representación en una sociedad comunista no dividida en clases, pues a medida que nos acerquemos a ella los organismos irán evolucionando de una manera que no podemos prever por completo. Únicamente podemos vislumbrar que se tenderá a la fusión de todos los órganos (políticos, administrativos y económicos) y que progresivamente se irá eliminando todo elemento coercitivo, así como el propio Estado, como instrumento de poder de clase y de lucha contra las otras clases supervivientes.

En el periodo inicial de la dictadura proletaria, ésta tiene ante sí una tarea enormemente pesada y compleja, que podemos dividir en tres esferas de actividad: política, militar y económica. El problema militar de la defensa interior y exterior contra los asaltos de la contrarrevolución, así como el de la reconstrucción económica sobre unas bases colectivas, se basa en la existencia y la aplicación de un plan sistemático y racional que permita emplear todos los esfuerzos y canalizarlos en una actividad que debe tener un fuerte carácter **unitario**, para sacar el mayor rendimiento a todas las energías de las masas. Por tanto, el organismo que debe conducir en primer lugar la lucha contra el enemigo externo e interno, es decir, el ejército (y la policía) revolucionaria, debe basarse en una disciplina y una jerarquía centralizada en manos del poder proletario. El ejército rojo es, entonces, una unidad organizada bajo una jerarquía formada desde el exterior por el gobierno político del Estado proletario, y lo mismo ocurre con la policía y la magistratura revolucionaria. El problema de la construcción económica que el proletariado vencedor debe llevar a cabo, sentando los cimientos de un nuevo sistema de distribución y producción, tiene aspectos mucho más complejos. No debemos olvidar que lo que diferencia este racional aparato administrativo del **caos** de la economía privada burguesa es la centralización. La gestión de todas las empresas se realiza en interés de toda la colectividad, y se coordina según las exigencias de todo un plan de producción y distribución. Por otra parte, el aparato económico y la distribución de los trabajadores en sus distintas ramas se modifican continuamente, no solo por el hecho de que su construcción se desarrolla gradualmente, sino también debido a las inevitables crisis que se producirán en un periodo de transformaciones tan vastas, que además viene acompañado de la lucha política y militar. Estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que en el periodo inicial de dictadura proletaria, si bien los consejos, en sus diferentes niveles, deben elegir delegados para los órganos legislativos de los niveles superiores y para los órganos ejecutivos locales, hay que dejar al centro la absoluta y responsable gestión de la defensa militar y, en un sentido menos rígido, de la campaña económica. Los órganos locales, mientras, deben encargarse de encuadrar políticamente a las masas para que éstas participen en la ejecución de estos planes y acepten el encuadramiento militar y econó-

mico, allanando el camino para que su actividad sea cada vez más amplia y continua en la solución de los problemas de la vida colectiva, canalizando a las masas hacia la formación de esa organización fuertemente unitaria que es el Estado proletario.

No nos extenderemos más sobre estas consideraciones, las cuales no pretenden arrebatarnos a los organismos intermedios de la jerarquía estatal toda posibilidad de movimiento e iniciativa, sino demostrar que el esquema teórico de su formación no consiste en formar agrupaciones de electores proletarios, ya sea en las fábricas productivas o en las divisiones del ejército, y dar por hecho que éstas aceptarán cumplir con las tareas efectivas de la revolución, ya sean económicas o militares. Como el mecanismo de estas agrupaciones no deriva de ninguna característica especial inherente a su esquema o a su esqueleto, estas unidades que reagrupan a los electores por la base pueden construirse, y de hecho se construyen, partiendo de criterios empíricos, como son la confluencia en el lugar de trabajo, en el lugar de residencia, en la guarnición, en el frente u otras circunstancias de la vida cotidiana, sin excluir ninguna a priori ni considerarla como modelo a seguir. Pero el fundamento de la representación del Estado de la revolución proletaria reside en una subdivisión territorial de circunscripciones, dentro de las cuales se celebran las elecciones. Todas estas consideraciones no tienen carácter absoluto, lo que confirma nuestra tesis de que ningún esquema constitucional puede elevarse a la categoría de principio y de que la propia democracia de las mayorías, en su sentido formal y aritmético, no es más que un posible método de coordinación de las relaciones dentro de los organismos colectivos. Este método, además, no puede considerarse como algo necesario ni justo en sí mismo, pues para los marxistas como nosotros estas expresiones carecen de sentido, y tampoco es nuestro propósito sustituir el aparato democrático que criticamos por otro proyecto mecánico de aparato, exento de por sí de fallos y errores.

Ya hemos dicho bastante acerca de la aplicación del principio democrático en el Estado burgués, pretendiendo abrazar a todas las clases, y en el seno únicamente de la clase proletaria, como base del Estado tras la victoria revolucionaria. Nos queda estudiar la aplicación del mecanismo democrático en la estructura interna de los organismos que desarrolla el proletariado antes (y también después) de conquistar el poder: sindicatos económicos y partidos políticos.

Una vez aclarado que la auténtica unidad organizativa sólo es posible cuando los intereses de los componentes de la organización son homogéneos, y teniendo en cuenta que la adhesión al sindicato o al partido se basa en una decisión espontánea de participar en un cierto tipo de actividad, es evidente que a la hora de examinar el funcionamiento de su mecanismo democrático y de mayorías podemos ahorrarnos ese tipo de críticas que, por el contrario, destruyen totalmente el valor de esa artificiosa unificación constitucional de las diversas clases que pretende llevar a cabo el Estado burgués. Sin embargo, aquí tampoco debemos dejarnos engañar por esa concepción arbitraria que considera el pronunciamiento de la mayoría como algo «sagrado».

En el sindicato, la identidad de los intereses materiales inmediatos de sus integrantes es más completa que en el partido. Dentro de los estrechos límites del oficio, su composición es muy homogénea, y siendo en principio un organismo al que los trabajadores se adhieren voluntariamente, tiende a

convertirse (sobre todo llegados a una cierta fase de desarrollo del Estado proletario) en un organismo al que los trabajadores de un oficio o una industria determinada deben adherirse obligatoriamente. No es necesario decir que en este terreno el factor más importante es el número, la cantidad, y por lo tanto las decisiones de la mayoría tienen un gran valor. Pero a esta consideración esquemática hay que añadir otros factores que también influyen en la organización sindical: la jerarquía burocratizada de funcionarios que la inmoviliza y los grupos de vanguardia que el partido político revolucionario forma en su seno para llevarle al terreno de la acción revolucionaria. En esta lucha, no es raro que los comunistas se vean obligados a demostrar que precisamente son los funcionarios de la burocracia sindical los que violan el concepto democrático y quebrantan la voluntad de la mayoría. Esta denuncia está perfectamente justificada, ya que los jefes sindicales de la derecha suelen alardear de su mentalidad democrática, y de esta forma se ponen en evidencia sus contradicciones, igual que hacemos con los burgueses liberales cuando defraudan o infringen una consulta popular (sin que por ello creamos que estas consultas, aun siendo libres, vayan a resolver los problemas que afectan al proletariado). Es oportuno y correcto proceder así, pues cuando las masas se ponen en movimiento bajo los efectos de la situación económica, es posible contrarrestar la influencia de los funcionarios, que es una influencia extraproletaria, procedente (aunque no de manera oficial) de unas clases y poderes extraños a la organización sindical, y aumentar así la influencia de los grupos revolucionarios. No obstante, esta actitud no se basa en ningún prejuicio «constitucional», sino en que los comunistas, para ser comprendidos por las masas y demostrarles que entienden sus intereses mejor que el resto, pueden y deben actuar de manera elástica con respecto a los cánones de la democracia sindical. Por ejemplo, no existe contradicción alguna entre estas dos tácticas: representar a una minoría en los órganos directivos de los sindicatos, mientras lo permitan los estatutos, y proponer al mismo tiempo que se suprima este tipo de representación en los estatutos, para que los órganos ejecutivos sean más ágiles cuando los conquistemos. En estas cuestiones debemos guiarnos por un atento análisis del proceso de desarrollo del sindicato en cada momento. Se trata de acelerar su transformación para que, de órganos de influencia contrarrevolucionaria sobre el proletariado, se conviertan en órganos de lucha revolucionaria. Los criterios de organización interna no tienen valor en sí mismos, sino en la medida en que convergen hacia este objetivo.

Por último, nos queda hablar de la organización del partido, alguna de cuyas características ya hemos avanzado al analizar el engranaje del Estado obrero. Aunque el partido, a diferencia del sindicato, no se basa en la completa identidad de intereses económicos, la unidad de su organización se funda sobre una base mucho más amplia que el oficio: la clase. El partido no sólo se extiende sobre las mismas bases que el conjunto de la clase en el espacio, tendiendo a internacionalizarse, sino también en el tiempo, pues la conciencia y la actividad de este órgano específico son necesarias a lo largo de todo el proceso de emancipación revolucionaria del proletariado, si se quiere llegar a la victoria. Estas viejas consideraciones nos obligan a estudiar el problema de la estructura y la organización interna del partido teniendo en cuenta todo su proceso de formación y su vida y las complejas tareas que debe resolver. Dado que estamos terminando ya esta larga exposición, no podemos profundizar

en los detalles de este mecanismo mediante el cual el partido consulta a sus masas de militantes, lleva a cabo su reclutamiento y designa a los cargos de toda la jerarquía. Es evidente que por el momento lo mejor que podemos hacer es respetar las decisiones de la mayoría. Pero tal y como hemos subrayado insistentemente, no podemos considerar el mecanismo democrático como un principio. Al margen de sus tareas consultivas, parecidas a las del poder legislativo del aparato del Estado, el partido tiene unas tareas ejecutivas análogas a las de un ejército y requieren la máxima disciplina jerárquica, sobre todo en el momento supremo de la lucha. En este sentido, dentro del complicado proceso que da lugar a los partidos comunistas, la formación de las jerarquías se desarrolla de manera real y dialéctica. Su origen se remonta atrás en el tiempo, respondiendo a todo un conjunto de experiencias pasadas y a toda una práctica en el manejo del partido. Nosotros no consideramos a priori las decisiones de la mayoría del partido como sentencias de un juez infalible y sobrenatural que se dedica a suministrar jefes a los colectivos humanos, como piensan aquellos que dan por cierta la participación del Espíritu Santo en los cónclaves. La decisión de la mayoría no tiene por qué ser necesariamente la mejor, ni siquiera en un organismo como el partido, cuya composición es fruto de una selección llevada a cabo mediante la espontánea adhesión voluntaria de sus miembros y un control del reclutamiento. Dicha decisión sólo mejorará el rendimiento de la jerarquía operante y ejecutiva del partido en la medida en que éste trabaje de manera coordinada y bien orientada. No pretendemos analizar aquí, detalladamente, si este mecanismo debería ser sustituido por otro, ni cuál sería este nuevo mecanismo. Pero lo cierto es que este tipo de organización puede liberarse progresivamente de los convencionalismos del principio democrático, y esto no debe rechazarse con injustificable fobia, siempre que existan elementos que permitan tomar decisiones, seleccionar a los jefes y resolver los problemas de una manera más acorde a las verdaderas exigencias del desarrollo del partido y de su actividad en un contexto histórico dado.

En la construcción de nuestra organización interna y en la formulación de los estatutos del partido el criterio democrático sólo es un material accidental, no una plataforma indispensable. Por eso no consideramos la fórmula organizativa del «centralismo democrático» como un principio. Para nosotros la democracia no puede ser un principio. En cambio el centralismo sí lo es, sin duda, pues la característica esencial de la organización del partido es su unidad de estructura y de movimiento. Para referirnos a la continuidad de la estructura del partido en el espacio, nos basta el término **centralismo**. Y para introducir el concepto esencial de continuidad en el tiempo, es decir, de la finalidad hacia la que tendemos y de la dirección en la que avanzamos, salvando los sucesivos obstáculos, proponemos que el Partido Comunista, uniendo estos dos conceptos esenciales de unidad, base su organización en el «**centralismo orgánico**». De esta forma, quedándonos con aquello que nos sirve del accidental mecanismo democrático, suprimimos el término «democracia», tan querido por los peores demagogos como cargado de ironía para todos los explotados, los oprimidos y los engañados. Lo mejor que podemos hacer es regalárselo, para su uso exclusivo, a los burgueses y a los campeones del liberalismo, a quienes a veces les gusta adoptar vistosas poses extremistas.

ROOSEVELT AL TIMÓN

El «Experimento de Roosevelt», inapropiado nombre que se da a la gran maniobra que desarrolla el capitalismo norteamericano desde hace nueve meses, pues su elección como presidente se ha efectuado sobre todo bajo el signo de la lucha general por enderezar la economía, ha dado lugar principalmente a tres interpretaciones:

La primera, la interpretación capitalista: los Estados Unidos, aplastados bajo el peso de los crecientes antagonismos, deben concentrar todas sus fuerzas para solucionar la crisis y devolver la salud al mundo capitalista.

La segunda procede de la socialdemocracia internacional: mediante la «economía dirigida» y el Socialismo de Estado, Roosevelt hace madurar las condiciones que permitirán a los «socialistas» conquistar «pacífica» y progresivamente los principales engranajes del Estado.

La tercera, que nosotros compartimos: el agravamiento de las contradicciones, particularmente significativo en los Estados Unidos, la intensidad de la crisis económica que hace estragos, junto al paro y la miseria de millones de hombres, aumentan la temible amenaza de conflicto social, que el capitalismo norteamericano debe disipar y sofocar con todos los medios a su alcance.

Antes de analizar la respuesta a estos hechos y de sacar conclusiones, conviene examinar rápidamente las principales manifestaciones de la crisis en los Estados Unidos.

1.— PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

La cantidad de hulla extraída, a finales de 1932, ha caído un 41 % en relación a 1929. La producción de hierro fundido ha registrado una bajada del 80 % en el mismo periodo y el acero, un 75 %. El nivel de producción de estas tres materias esenciales ha descendido al de 1900.

En 1929 había 157 altos hornos activos; a finales de 1932 sólo quedaban 42. La industria siderúrgica todavía trabajaba al 14 % de su capacidad a comienzos de 1933.

Los índices de producción industrial total, en marzo de 1933, indican una regresión del 49 % respecto a la producción de 1929; 80 % en la producción de automóviles; 32 % en textil. En 1928 el porcentaje de los Estados Unidos en la producción industrial mundial era del 44.8 %; en 1932 se reduce al 34.5 %. Mientras, Inglaterra ve cómo su porcentaje en la producción mundial asciende del 9.3 al 11.2 %. En el mismo periodo, la parte correspondiente a la URSS pasa del 4.7 al 14.9 %.

El empleo de tan sólo una parte de la capacidad del aparato productivo provoca una paralización casi total de las inversiones de capital: la emisión de acciones, que en 1929 se cifraba en 5.924 millones de dólares, en 1932 no llega a 20 millones.

2.— PRODUCCIÓN AGRARIA

La crisis agraria constituye un importante factor del desorden económico de los Estados Unidos. Hay que vincularla con causas principalmente de carácter mundial.

a) La **superproducción**: tras la guerra, los EE.UU., Canadá y Australia aumentaron sus siembras, a consecuencia del aumento de la demanda en una Europa devastada por la guerra y la carencia de los productores rusos y rumanos; Canadá, en 1929, había aumentado sus cultivos de trigo un 150 % en relación al periodo 1909-1913; Australia un 85 % y los Estados Unidos un 30 %.

b) La **mejora de las técnicas de cultivo** gracias a la introducción del motocultivo, consecuencia del desarrollo capitalista de la producción agrícola.

c) La **tijera de precios**, que adquiere en los Estados Unidos una particular importancia por el hecho de que la caída de los precios de los productos agrícolas es más acentuada que la de los productos industriales, lo cual agrava la situación del pequeño propietario; en 1932, el colono recibía por sus productos un 9 % menos que en 1914; en cambio, pagaba por los productos industriales un 43 % más.

d) Los **elevados gastos** de venta, manutención y distribución de los productos agrícolas que imponen los intermediarios, el aumento de los costos del transporte, de los alquileres y rentas y las cargas hipotecarias que agobian al pequeño campesino. El 25 % de las fincas están hipotecadas por más de la mitad de su valor: 800.000 granjeros han sido embargados en 1932.

Mientras, Europa ha restablecido su producción de trigo al nivel de 1913 e incluso la ha rebasado, intensificando los cultivos y aumentando la superficie cultivada, gracias a una política proteccionista y restrictiva.

En los Estados Unidos el gobierno financia los stocks, favoreciendo el mantenimiento artificial de los precios y alentando la producción. Los stocks mundiales aumentan en julio de 1933 un 163 % respecto al mismo mes del año 1926; sin embargo, el consumo interno decae con fuerza al aumentar el paro y con el hundimiento del poder adquisitivo de las masas. Es la caída de los precios: en el mercado mundial los precios caen por debajo del precio de coste; en agosto de 1931 el celemin de trigo se vendía a 48 céntimos en Chicago, el precio más bajo registrado en los últimos 25 años; si a esto le restamos todos los gastos, le quedan al campesino 20 céntimos por celemin de trigo de invierno, que como mucho le sirven para comprar dos paquetes de cigarrillos. El trigo «Northern N° 1» le reporta 16 céntimos y medio, y el «N° 3», 8 céntimos; en julio de 1932, el precio del trigo de mejor calidad era de 59 céntimos.

3.— EL COMERCIO EXTERIOR

El año 1932 señala una formidable regresión respecto a 1929, que llega al 70 % en las importaciones (26 % de descenso respecto a 1913). Las exportaciones bajaron un 70 % (35 % respecto a 1913). Teniendo en cuenta la caída de los precios, el descenso total del comercio es del 52 % respecto a 1929, cayendo en realidad al nivel de 1905-1910. El balance positivo se reduce cada vez más: el porcentaje del valor de las exportaciones, comparado con el de las importaciones, cae del 125.5 % en 1930 al 72.3 % en abril de 1933, cuando

en 1913 era del 138.5 %. La participación de Estados Unidos en el comercio mundial, que en 1928 era de 15.4 %, en 1932 no supera el 12.4 %. En cambio, Inglaterra ha pasado de 14.8 a 15.4 %, reconquistando el primer puesto, tras abandonar el patrón oro en 1931 y el acuerdo de Ottawa. El porcentaje de las exportaciones de los Estados Unidos en el comercio mundial era de un 17.7 % en 1928, y de un 14.7 % en 1932. Inglaterra sólo desciende del 12.4 al 11.8 %. Para Norteamérica, las condiciones de lucha por los mercados empeoran, mientras se esfuerza por mejorar su posición en los mercados sudamericanos: Argentina, Brasil, Colombia, Bolivia, Méjico, Cuba, sustituyendo al poder financiero de Inglaterra. Las inversiones de los U.S.A. en Sudamérica casi equivalen a las que tiene en Europa, y se dirigen sobre todo a Argentina, principalmente a empresas privadas y servicios públicos.

Para acabar con el aumento del déficit comercial, el capital norteamericano acentúa su política proteccionista. Los aranceles han subido de tal forma que a pesar del sensible descenso de los ingresos aduaneros, el coeficiente de protección ha pasado de 13.8 en 1929 al 20.4 en 1932.

El hundimiento de toda la actividad económica se traduce en un aumento de la miseria de la clase obrera. La organización de los seguros contra el desempleo brilla por su ausencia: los parados dependen de la caridad privada (Ejército de Salvación), y se estimaba que eran aproximadamente 15 millones a finales de 1932. Sólo en Nueva York se pueden contar 1.600.000. El porcentaje de obreros ocupados en todas las industrias, partiendo de una base de 100 para el periodo 1923-25, era, en diciembre de 1929, de 101.1 %, y en marzo de 1933 del 56.7 %. En la industria automovilística estos porcentajes son 114.3 y 43.9, respectivamente. La renta anual de los granjeros ha pasado de 12.000 millones en 1929 a 5.000 millones en 1932, mientras sus deudas ascienden a 15.000 millones de dólares. En 1932 se han producido más de 3.000 quiebras por mes. El pasivo global de las empresas quebradas en 1931 se eleva a casi 2.000 millones y medio de dólares, es decir, 64.000 millones de francos franceses.

La riqueza nacional, que a finales de 1929 llegaba a los 362.000 millones de dólares, 3.000 dólares por habitante, a finales de 1932 no supera los 247.000 millones, 2.000 dólares por habitante.

La situación de las finanzas públicas lógicamente refleja el hundimiento general. La deuda pública interna supera los 21.000 millones de dólares a finales de 1932, lo que equivale a alrededor del 10 % de la riqueza nacional.

Los créditos de guerra a Europa constituyen un importante factor del presupuesto norteamericano. A finales de diciembre de 1932, la deuda total europea aún recuperable ascendía a más de 20.000 millones de dólares, al cambio 522.000 millones de francos franceses. De estos, a Inglaterra le corresponde el 48 %, el 31 % a Francia, 12 % a Italia y 3.5 % a Bélgica. Como la moratoria Hoover (verano de 1931) había suspendido los pagos de Alemania y la cuestión de las reparaciones se liquidó en el verano de 1932 (Lausana), los deudores europeos no pueden desquitarse con Alemania para pagar a Norteamérica. Por otra parte, la bajada mundial de precios ha aumentado el peso relativo de las deudas, que es cada vez más difícil pagar con mercancías. A la insolvencia de Europa, que el desenfrenado proteccionismo estadounidense acentúa (aranceles Hoover), se une la crisis de producción y de intercambios, colocando a los Estados Unidos ante terribles dificultades.

LOS PALIATIVOS DE HOOVER

Tratando de reconducir el capitalismo, Hoover adoptó un programa compuesto de tres elementos esenciales: **la protección del mercado interno estableciendo tarifas arancelarias; el mantenimiento del patrón oro y la expansión del crédito.**

Tras el crack bancario de 1929, señal de crisis general, una corriente arrastró a todos los valores a la baja (títulos, créditos, depósitos, mercancías), hundiéndolos, reduciéndolos parcialmente o incluso destruyéndolos totalmente. Hoover trató de poner diques al amenazador desastre. Puso en marcha la política del «dinero fácil», y se empezaron a conceder abundantes créditos.

Señalaremos sucintamente cómo funciona el aparato bancario norteamericano, cuya base es el **Sistema de Reserva Federal**, que se compone de:

1°. Los Bancos Federales (de emisión) que no tienen relación directa con el público.

2°. Los Bancos Nacionales y los Bancos del Estado, llamados Comerciales, afiliados al Sistema Federal y que son los únicos en tratar con el público. Deben cubrir los depósitos de su clientela entregando un cierto porcentaje de estos depósitos (Reservas) a los Bancos Federales. Cuanto mayores son estas reservas, mayores son los créditos que los Bancos Comerciales pueden ofrecer a sus clientes.

Hoover promulgó unas leyes que daban a éstos facilidades en el descuento con los Bancos Federales, permitiendo que aceptaran ciertos valores, como por ejemplo las obligaciones del Estado, hasta entonces prohibidas. Sin embargo, hay que señalar que estas nuevas facilidades no permitían a los Bancos Federales imponer a sus Bancos afiliados un aumento de los créditos privados. Este factor es el origen del conflicto entre el aparato bancario y el gobierno, conflicto latente durante la administración Hoover y abierto y en pleno desarrollo con Roosevelt.

Hoover extendió el movimiento de expansión del crédito creando la **Reconstruction Finance Corporation**, que presta ayuda a los Bancos, a las Empresas Industriales y Comerciales y a los Granjeros. Estos logran que se **mantengan artificialmente** los precios, gracias a la financiación de sus stocks de trigo y algodón.

¡Esta «generosa» política de crédito no logró reanimar la producción! Los activos bancarios permanecieron «bloqueados» y continuaron depreciándose. La reacción de los depositantes, que amenazaba con derrumbar toda la estructura financiera, condujo al crack bancario de febrero de 1933.

LA POLÍTICA DE ROOSEVELT

La primera intención de Roosevelt fue tratar de sanear los bancos mediante una amplia amputación de los depósitos. Pero esto conducía a la quiebra del sistema bancario; así pues, el programa «deflacionista» se tradujo únicamente en medidas de reducción presupuestaria: reducción del «Bonus» de los veteranos y de los sueldos de los empleados del Estado.

Es entonces cuando Roosevelt muestra su programa, cuyos objetivos son:

1°. Apoyar a los bancos para que liberen sus activos inmovilizados.

2°. El alza de los precios al nivel de 1926.

3°. Aligerar el peso de la deuda sobre la economía, con la subida de los precios que conlleva la depreciación de la moneda.

4°. Aumento de la intervención del Estado en el terreno económico: la «codificación» de la industria y «las ayudas» a la agricultura.

5°. Aumentar la competitividad en el mercado exterior (lucha contra Inglaterra y Japón).

Los dos medios que se han empleado principalmente para realizar este programa son: el abandono del patrón oro y la N.R.A.

Toda la estrategia de Roosevelt se basa principalmente en el manejo de la moneda, cuyo objetivo es «atraer» la recuperación. El abandono del patrón oro no está justificado por necesidades técnicas (el porcentaje de la cobertura oro era casi del 50 % en marzo de 1933), sino que responde a una voluntad consciente de depreciación sistemática del dólar. Esto se traduce en la votación de una ley que otorga a Roosevelt la potestad de emitir hasta un total de 3.000 millones de dólares en billetes y de reducir su valor hasta la mitad.

Alza de los precios, aumento del poder adquisitivo multiplicando los «signos monetarios», esos son los objetivos. ¡¡¡Como si la «creación» de estos nuevos signos significase que se producen valores nuevos, que aumenta la riqueza!!! Se exhuma la vieja **teoría «cuantitativa» de la moneda**, según la cual es el **volumen** de moneda en circulación lo que determina el **valor** de las mercancías, ¡y nosotros que pensábamos que el valor de las mercancías estaba representado por el valor del **trabajo** que contienen!

Esta es una excelente ocasión para repasar el carácter y la función de la moneda. Sobre su carácter, Marx ya indicó que «si el oro juega el papel de moneda respecto al resto de mercancías es porque ya antes existía frente a ellas como mercancía», y también que «como en ciertas y determinadas funciones el oro puede ser sustituido por simples signos de sí mismo, nos imaginamos que en sí mismo no es más que un simple signo». (*El capital*, Vol. I).

El oro, como moneda, tiene **dos funciones**:

a) Es la **medida de los valores** porque, **ante todo**, es una mercancía que representa tiempo de trabajo materializado; por tanto, su valor es **variable** como el de cualquier otra mercancía (por ejemplo: 1.5 gr. de oro = 10 horas de trabajo = 1 celemin de trigo).

b) También es el **patrón de los precios**, porque, como **unidad de medida y de cuenta** (convencional), representa una cierta cantidad determinada e **invariable** de metal, que puede dividirse en partes alícuotas. En esta función, el oro siempre presta el mismo servicio aunque varíe su valor: una décima parte de la unidad nunca modifica su relación con dicha unidad (1.5 gr. de oro = 1 dólar = 100 céntimos).

Por tanto, el **precio de una mercancía** expresa dos cosas: a) la magnitud de su valor, que corresponde a la cantidad de trabajo social invertido y cuya equivalencia se expresa en moneda oro (primera función); b) el múltiplo o la fracción de la unidad de medida por la que es intercambiable (segunda función), dada la ecuación: una mesa = (20 horas de trabajo) = 3 gramos de oro = (20 horas de trabajo) = 2 dólares.

Un aumento real de los precios sólo puede producirse: 1° gracias a un descenso del valor del oro, mientras el valor de las demás mercancías permanece constante; 2° el **aumento del valor de todas las mercancías**, mientras

el valor del oro permanece constante. Ocurre al revés en caso de un descenso general de los precios.

Decidir **arbitrariamente** que **un dólar** ya no representa 1.5 gramos de oro, sino, por ejemplo, 0.75 gramos, **no cambia nada** el hecho de que un celemin de trigo, por ejemplo, siga cambiándose por 1.5 gramos de oro (si el valor, la oferta y la demanda permanecen constantes). Ahora harán falta **dos signos monetarios de un dólar** para obtener un celemin de trigo, pero su valor, su precio real, no habrá cambiado. Es como el que tiene una pieza de tela de, digamos, 10 metros y decide que el metro, **unidad de longitud**, equivale sólo a 50 centímetros, para hacerse así la ilusión de que tiene una pieza de 20 metros (¡que en realidad mide cada uno 50 centímetros!)... Este es el tipo de broma que Roosevelt y sus consejeros pretenden que aceptemos.

El **valor**, el **precio real** de las mercancías, no depende, pues, de **la cantidad de signos monetarios** en circulación: las necesidades del intercambio, en moneda, se pueden determinar fácilmente mediante el valor total de las mercancías existentes, por un lado, y por su velocidad de circulación, por otro. Según los malabaristas de la teoría cuantitativa, basta con aumentar el volumen de moneda en circulación para que aumenten los precios y viceversa, de ahí **este milagro** del «dólar compensado»: dólar cuyo valor en oro varía con los precios (aumentando en caso de alza y bajando si los precios descienden), lo cual parece conferirle un **poder adquisitivo constante** y dar **estabilidad a los precios**.

Este es un ejemplo de las arbitrariedades a las que debe recurrir un capitalismo acorralado para engañar y confundir a las masas y darse un indispensable respiro.

LA MENTIRA DE LA N.R.A.

Toda la demagogia de esta vasta maniobra estratégica del capitalismo puede resumirse en esta declaración de Johnson, el jefe de la N.R.A., el hombre de confianza de Baruch, el representante más poderoso del capital financiero. «Hay que restaurar, aumentar el **poder adquisitivo** del pueblo. El consumo es esencial para que nuestros esfuerzos tengan éxito. SI todos los patronos se ajustan a los códigos, y SI todos los consumidores empiezan a hacer compras importantes, asistiremos a la recuperación más formidable que hayamos visto».

Pero **¿qué significa, en un régimen capitalista, aumentar el poder adquisitivo?** Para no complicar la demostración, nos atendremos al caso de una sociedad **puramente capitalista**.

Marx formuló de esta manera el valor anual de la producción: **capacidad adquisitiva general** = capital constante (consumido) + capital variable + plusvalía.

El **nuevo trabajo** incorporado a la producción, o capital variable + plusvalía, constituye el **producto social anual**, y la fracción de producto consumida por los individuos, su **capacidad de consumo**, está representada por el capital variable + plusvalía (menos la parte acumulada de ésta).

Hay que tener en cuenta que la producción social se descompone en **bienes de producción** y **bienes de consumo**: cada rama de la economía, cada empresa, constituye un mercado para las otras ramas, pero, **a fin de cuentas**,

es el **consumo individual** el que determina el consumo **productivo** y, por tanto, la **capacidad adquisitiva total** del mercado.

Ahora bien, las necesidades de la acumulación capitalista han reducido cada vez más la parte de capital total reservada al capital variable (parte correspondiente al proletariado) y a la plusvalía consumible para aumentar la parte del capital constante y, por tanto, las capacidades productivas (capital fijo). De aquí surge esta **contradicción fundamental**: el desarrollo de las fuerzas de producción conlleva una regresión relativa del producto social y de la **capacidad de consumo individual**.

El círculo vicioso es este: el consumo individual, por una parte, determina la capacidad adquisitiva general, pero está condicionado, a su vez, por esta misma capacidad adquisitiva, la cual está limitada por el uso que se dé al aparato productivo. He aquí el centro del problema: **la expansión del mercado**.

Pero para el capitalismo **en general**, y para el capitalismo **norteamericano** en particular, el **mercado exterior no capitalista** ya no ofrece perspectivas de crecimiento, y será así durante bastante tiempo. Queda el mercado interno. ¿Cuáles son las bases para que este pueda desarrollarse e impulsar la reactivación de las industrias de producción y de consumo?

La industria de medios de producción no puede reanimarse si no se reanuda la acumulación, algo para lo cual no existen condiciones: la capacidad de aparato productivo empleada era del 15 % a finales de marzo de 1933 y la sumas atesoradas (40.000 millones en los bancos) no pueden sentirse atraídas por unas inversiones que no son rentables.

El sistema de códigos que se ha introducido en la industria norteamericana contiene cláusulas que impiden todo intento de acumulación, al prohibir el empleo de nuevas máquinas. Más abajo, en el curso de nuestro análisis de los acontecimientos, vamos a poder ver que la industria de producción no ha logrado progresar.

La industria de bienes de consumo: en este caso la producción está condicionada por la capacidad de consumo individual o capital variable + plusvalía (consumida). Se sobreentiende que una modificación en la **relación** entre estos dos términos sólo será resultado de la lucha de las dos fuerzas presentes (proletariado y burguesía), por lo que es inconcebible que el capital acepte libremente aumentar la parte de capital variable en detrimento de su plusvalía.

De esta forma, la demagogia de Roosevelt se revela claramente cuando apela al «patriotismo capitalista», cuando pide a la patronal que «anticipe» los futuros beneficios que obtendrá, cuando llegue la recuperación, aumentando los salarios a expensas de su ganancia, y cuando la anima a no aumentar los precios de venta prometiéndole ayuda financiera.

Pero una mera modificación de la relación entre el capital variable y la plusvalía no puede suponer un aumento permanente del poder adquisitivo. Este aumento sólo es posible mediante un **crecimiento absoluto** del capital variable, el cual depende del desarrollo de la producción.

Roosevelt intenta reanimar ésta con un aumento de los precios provocado por la caída del dólar. ¡Piensa que gracias a su rapidez de reflejos esto llevará a una recuperación general!

Las cláusulas de trabajo incluidas en el sistema de códigos industriales y las medidas a favor de los granjeros reflejan otro aspecto de las preocupa-

ciones del capitalismo norteamericano: la necesidad de sofocar la creciente amenaza que supone un ejército de 15 millones de parados y la miseria de los campesinos. Reintegrar al proceso productivo a un cierto número de parados repartiendo el trabajo entre un mayor número de obreros, ese es el objetivo que se persigue con el límite máximo de las horas de trabajo y con el salario mínimo. Más abajo examinaremos cómo estas medidas se plasman en hechos.

Por otra parte, Roosevelt trata de asegurarse la colaboración del organismo que más influencia tiene sobre el proletariado, la American Federation of Labor; el sistema de códigos permite que los obreros se organicen en el sindicato que quieran (de la A.F.L.).

Para dar gusto a los granjeros, Roosevelt les promete, por una parte, el aumento de los precios de sus productos y la reducción de sus deudas con la devaluación del dólar, y por otra, subsidios para reducir los cultivos.

En los códigos aparece también la cláusula de «competencia desleal», que favorece al capital monopolista y constituye una infracción de la ley anti-Trust, votada anteriormente. Hay que señalar que el estatuto industrial de cada código lo fija el **capital mayoritario** de cada rama, lo que significa que los monopolios pueden imponer sus opiniones a las pequeñas y medianas empresas. De esta forma les arrebatan las ventajas que habían conseguido frente a los Trust en el transcurso de la crisis: la débil composición orgánica de su capital les permitía bajar los precios de coste más fácilmente, mediante una reducción masiva de salarios. En cambio, los Trust veían cómo aumentaban sus cargas por el débil empleo de su capacidad productiva. Los códigos, nivelando los salarios y reduciendo las horas de trabajo (algo que ya se había hecho en las grandes empresas) debilitan la posición de las pequeñas industrias y crean las condiciones que favorecen una mayor concentración de la producción bajo control de los monopolios.

ROOSEVELT ANTE LA REALIDAD ECONÓMICA

El experimento comienza con un movimiento de expansión económica seguido inmediatamente por el abandono del patrón oro, que adquiere un carácter netamente especulativo. Esta recuperación continúa hasta julio. Subrayemos esta coincidencia: las reservas de productos manufacturados se han visto muy mermadas durante los cuatro años de crisis; las perspectivas inflacionistas y de subida de precios son precisamente la oportunidad para que estas reservas restablezcan su nivel normal, en condiciones, además, aparentemente ventajosas.

Se reanuda la producción, el comercio mayorista y el minorista hacen sus pedidos. Pero lo importante no es aumentar la producción y acumular stocks, sino que estos encuentren salida en el mercado. Ahora bien, la actividad industrial y comercial mayorista se mantiene en un nivel más alto que el consumo, que sin embargo crece en cierta medida. Se produce el fenómeno que acompaña a todo periodo de depreciación monetaria: la fuga hacia los «valores reales». Los que detentan el dinero, los atesoradores, convierten sus dólares (que se han vuelto «papel mojado») en mercancías, títulos, moneda extranjera, aunque las compras no respondan a necesidades inmediatas. No

obstante, esta transformación del poder adquisitivo latente en poder adquisitivo **activo** no es suficiente.

En lo que respecta a los productores agrícolas, los primeros meses de depreciación del dólar, de abril a julio, han provocado un alza sensible de los principales productos agrícolas. El precio del trigo, por ejemplo, ha pasado de 65 céntimos el celemin (13 litros) a mediados de abril, a 105 céntimos a mediados de julio, es decir, una subida del 61 % (su precio era de 180 céntimos en diciembre de 1925); el precio de la carne de vacuno ha subido un 11 % y el algodón un 35 %. El índice general de los productos agrícolas ha pasado de 40, en marzo, a 60.1 en julio.

Vemos, pues, que la relación entre el índice general de precios y el índice de productos agrícolas se ha modificado a favor del segundo: la tijera de los precios tiende a cerrarse.

El poder adquisitivo de los campesinos aumenta alrededor del 30 %. Pero lo ganado en julio ya se había perdido en octubre.

En cualquier caso, teniendo en cuenta que la clase campesina no constituye sino algo más de un quinto de la población activa (10.5 millones frente a 48 millones), se puede concluir fácilmente que las esperanzas de extender el mercado de esta forma son bastante limitadas.

Además, ¿de qué vale un aumento del precio de los productos agrícolas si no aumentan las posibilidades de darles salida? ¿Y qué parte de la población consume más trigo, carne, leche, mantequilla y algodón que la clase obrera? ¿Qué podemos sacar en claro de todo esto?

La N.R.A ha fijado el salario mínimo semanal en 12 dólares en el sur y en 13 en el norte, pero este mínimo tiende a convertirse en un máximo, ya que no están estipuladas las horas **mínimas** por semana: un obrero que trabajaba de 48 a 54 horas por semana ya sólo trabaja de 35 a 40 horas; el salario por hora ha aumentado, pero el salario global, 16.71 dólares, es más bajo que antes.

Los obreros especializados son despedidos y vueltos a contratar con las nuevas condiciones de **salario base**; el trabajo se intensifica: en la industria textil los obreros atienden 40 telares, en lugar de 8 o 12. La vuelta al trabajo de los parados se hace así en detrimento de los que siguen trabajando y las estadísticas del paro, incluso las más optimistas, ¡nos muestran que **no hay aumento absoluto de la capacidad adquisitiva de las masas obreras!**

Podemos constatar que, de marzo a junio, el aumento de la producción ha sido del 42 %, pero las ventas de los pequeños comercios sólo aumentaron un 19 %. En agosto de 1933, el comercio mayorista creció un 52 % en relación a agosto de 1932, en cambio, las ventas de los grandes almacenes de Nueva York, por ejemplo, sólo crecieron un 8.5 %. En junio y julio, la producción es un 40 % superior al consumo.

Los pequeños comerciantes están sobrecargados de mercancías, pero los fabricantes y los mayoristas aumentan sus beneficios elevando los precios, ante el aumento de los precios de fábrica.

De mayo a julio, los precios mayoristas aumentaron un 14 %, y los minoristas sólo un 7 %.

Esta diferencia sólo significa un cosa: que la ruptura entre la oferta y la demanda no ha sido en beneficio de esta última, que las ventas al por menor no aumentan lo suficiente como para permitir a los pequeños comerciantes

adaptar sus precios a la depreciación monetaria y a los precios impuestos por los mayoristas.

Por otra parte, el alza de los precios, que es nominal y especulativa, no compensa en absoluto la depreciación del dólar. Al **bajar** los precios en oro, resulta que esta prima a la exportación no es más que esto: bajo un régimen de depreciación monetaria, las mercancías exportadas se cambian por una cantidad de oro **menor** que antes. Esta famosa **prima** al cambio no es, en suma, sino la **ruina** del cambio.

De febrero a junio, el índice de precios en oro ha bajado de 80.1 a 77.1, mientras que el precio en dólares de papel ha subido de 80.4 a 94.4.

La vasta campaña de Roosevelt por la subida de los precios que debería entrañar el aumento del poder adquisitivo de las masas no es más que una añagaza: un movimiento nominal de los precios no puede acarrear más que una modificación momentánea en el **reparto** del poder adquisitivo entre las clases sociales y no un **aumento** de ese poder adquisitivo.

Veamos ahora las características del desarrollo de la producción:

La **industria base**, la **siderúrgica**, progresa de esta manera: en febrero de 1933 trabajaba al 14 % de su capacidad; en junio al 46 %, y en julio al 59 %.

Durante los siete primeros meses de 1933, la producción se ha desarrollado al 31 % de su capacidad, frente al 22 % del mismo periodo de 1932.

En 1932, el consumo de acero se repartió principalmente entre la construcción (21 %), la industria automovilística (17 %), la ferroviaria (12 %), la de calderería industrial (11.5 %) y la petrolera (8.5 %).

Ahora bien, actualmente podemos constatar cómo la **industria de la construcción** trabaja al 15 % de la media de la década 1920-30. Los gastos en la construcción son, en julio de 1933, un 33 % inferiores respecto al mismo mes del año anterior.

Los pedidos de acero para la construcción son, en el segundo trimestre de 1933, un 15 % inferiores a los del primer trimestre, y estos son un 8 % más bajos que los del año anterior.

La **industria automovilística** ha sido la que ha provocado el aumento de la demanda de acero principalmente. A finales de junio de 1933, su producción era un 58 % mayor que la media de los años 1927-30, cuando el pasado marzo sólo era un 10 % mayor.

Aunque la producción de 1933 se prevé que sea un 25 % mayor que la de 1932, esto sólo representa un tercio de la producción de 1929.

El **ferrocarril**, que consume acero pesado, compra poco, al estar suficientemente equipado.

La **calderería industrial** ha aumentado su producción gracias a los pedidos de la industria cervecera.

La **agricultura** no realiza ninguna compra y la fabricación de utillaje agrícola para los tractores permanece casi detenida.

Lo mismo se puede decir de la **industria de la maquinaria**.

En cambio, la **industria del armamento naval**, hace importantes pedidos de acero.

Sin embargo, tras la fase ascendente de la producción de acero, que llega hasta julio, se pasa a una descendente que reduce al 31.8 % su rendimiento a finales de octubre, y hasta el 23 % actualmente, lo que hace prever una

acumulación de stocks equivalente al 50 % de la producción anual de 1933. El empleo de la producción de acero permite afirmar que no se está realizando una renovación del capital fijo y que el mercado no puede desarrollarse en esta dirección.

Entre las **industrias de consumo**, la textil aumenta notablemente su producción, pero en una dirección claramente especulativa; esto se debe a los deseos del capital de **beneficiarse** del alza de los precios, así como de producir antes de que aumenten los precios de coste, como ocurrirá al aplicar los códigos y cuando entre en vigor el impuesto al trabajo del algodón.

Así, podemos ver a las hilanderías trabajar al 129 % de su capacidad normal de producción, el pasado junio, y al 117.5 % en julio.

En cambio, las ventas al por menor en las tiendas de ropa son un 2 % **inferiores** a las de 1932.

Hemos visto cómo la aplicación de los códigos conlleva un debilitamiento de la pequeña y mediana industria. En efecto, el aumento de los gastos de producción ralentiza el desarrollo de la recuperación, que se efectúa sobre la base de las perspectivas inflacionistas.

Las ventas en el comercio mayorista y minorista descienden, de ahí la campaña de la N.R.A.: «¡Comprad ya!».

Los pequeños productores ven cómo se agrava su situación financiera y cómo aumentan sus necesidades de liquidez. Esto explica sus presiones para que se acentúe la política de expansión crediticia. Roosevelt trata de aumentar las líneas de crédito, pero esta forma **de inflación** requiere el concurso de los bancos; ahora bien, los bancos, que han aprendido de las experiencias de 1929 y de marzo de 1933, que estuvieron a punto de provocar su hundimiento, hacen oídos sordos, a pesar de los exhortos de los agentes de Roosevelt para que se «muestren generosos». El gobierno dice a los banqueros: «Dad créditos y la economía mejorará, vuestros deudores **serán** solventes».

Los banqueros responden: «Sólo podemos dar crédito a los deudores que son solventes **actualmente**». La inestabilidad monetaria ya no les invita a transformar su liquidez disponible en valores fijos; prefieren que sean los organismos gubernamentales quienes se encarguen de estas operaciones tan poco atractivas. Esta política de abstención también puede convertirse en un apoyo a los monopolios para que acentúen la concentración industrial: el conjunto de los depósitos, que es diez veces mayor que el total que circula en forma de moneda, permite medir la considerable influencia que pueden ejercer los bancos sobre la circulación y los intercambios. Como los bancos se niegan a prestar su concurso, el Estado se ve obligado a crear sus propios organismos financieros de crédito (en el fondo eso es todo lo que piden los bancos) encargados de dar anticipos de hasta 1.000 millones de dólares sobre los activos bloqueados, de liberar los depósitos de los bancos cerrados, de garantizar el resto, de hacer que los Reserve Banks (de emisión) compren fondos públicos.

De ahí resulta un aumento considerable de las cargas del Estado, la disminución de la liquidez disponible del Federal System. El crédito del Estado se ve amenazado por los bancos, que convierten los grandes paquetes de obligaciones a largo plazo del gobierno en Bonos del Tesoro de corto vencimiento, provocando una bajada de los fondos públicos. Además, 2.000 millones de dólares huyen al extranjero.

Añadamos que los gastos en medidas para reconducir la economía alcanzan ya más de 15.000 millones de dólares en créditos, anticipos y primas de todo tipo.

Señalemos aquí que los gastos comprometidos por el gobierno federal para el programa de Obras Públicas (programa que en este momento es una de las mayores preocupaciones de Roosevelt), no pueden jugar más que un mínimo papel en el conjunto de la economía norteamericana, teniendo en cuenta que el producto nacional llega a los 40.000 millones de dólares en 1932. Sin embargo los límites del volumen de estos gastos pueden ampliarse en función de las perspectivas inflacionistas.

La corriente inflacionista está aumentando, bajo la presión de una multitud de voces que creen ver ahí su salvación: los granjeros, cuyas esperanzas duraron hasta julio, ven sus ilusiones desvanecerse con el descenso de los precios agrícolas (el índice cae al 60 % en julio y a comienzos de noviembre es de 55.5 %) y con la subida de los productos industriales, que provocan una disminución del 17 % en su poder adquisitivo respecto a julio. Por otra parte, los intentos de controlar la producción algodonera, que iguala la de 1932, han fracasado, a pesar de haberse reducido un 17 % la superficie cultivada. El rendimiento por acre se estima en 208 lbs. en 1933, mientras que la media de los diez últimos años era de 167 lbs. Naturalmente, los granjeros se han limitado a abandonar las tierras menos productivas, y las indemnizaciones por abandono recibidas las han empleado en comprar fertilizantes para mejorar las siembras conservadas.

La **agitación agraria** se traduce en huelgas de productores, para presionar al gobierno, pero Roosevelt no quiere imitar la política de financiación de las cosechas de Hoover, que ha sido desastrosa. ¡Como mucho está dispuesto a destinar algunos millones a comprar trigo para los parados!

La nueva orientación que ha adoptado la política monetaria de Roosevelt a finales de octubre (compra de oro) se explica perfectamente por la necesidad de calmar a los granjeros y poder seguir prometiéndoles un alza de los precios.

Mientras, la situación se agrava, sobre todo en la industria: por una parte, los precios de coste han subido del 25 al 30 %; por otra, a consecuencia del amplio desequilibrio entre la producción y el consumo, los precios de venta no han seguido la depreciación del dólar (17 % frente a un 37 % del dólar). El índice de precios es de 71, frente a los 100 de 1926, cifra esta que era el objetivo que Roosevelt se había propuesto alcanzar.

El boletín de octubre de la Reserva Federal confesaba: «**La ralentización de la actividad industrial en el transcurso de los últimos meses se ha manifestado sobre todo en las industrias que anteriormente más se habían beneficiado de la rápida expansión. También se ha notado en las industrias en las que se han aplicado recientemente los impuestos de transformación y los Códigos**».

El índice de producción, que en julio era de 92, ha descendido a 66 a comienzos de noviembre, cayendo casi al mismo nivel que hace un año por las mismas fechas.

La **agitación obrera** ha aumentado en unas proporciones que Roosevelt no había previsto. Las cláusulas incluidas en los códigos, presentadas como

ventajas, concesiones otorgadas a los obreros, han sido saboteadas sistemáticamente por la patronal. Muchos patronos rechazan entablar negociaciones con los sindicatos (Ford y Cia.).

Las huelgas se multiplican y se extienden. En julio, en Pensilvania y Virginia —ciudadelas de la poderosa United Steel Corporation (Trust del acero)— se desarrolla un movimiento que engloba a 75.000 mineros y metalúrgicos, después de que la patronal rechazara en acuerdo del «Código del Carbón». El trabajo se reanuda a principios de agosto, con la promesa de la N.R.A. de hacer que se aplique el código. En septiembre, la huelga estalla de nuevo, extendiéndose progresivamente hasta llegar a 130.000 obreros. El código que se ha aceptado y se aplica ya no satisface a los mineros: en lugar de 4.5 y 5 dólares, la tarifa sólo ofrece 3.6 y 4.6 dólares en el norte y un salario aún más bajo en el sur. No se garantiza una mínima cantidad de trabajo al año. En cambio, el arbitraje es obligatorio para los obreros. En la Ford de Chester, estalla una huelga en protesta por la reducción de las horas de trabajo de 40 a 32 y porque los salarios se han recortado de 20 a 16 dólares semanales.

Johnson, el jefe de la N.R.A., dijo durante un discurso en el que hablaba de las huelgas: «No se deben tolerar las huelgas, el capital y el trabajo están ahora **en pie de igualdad**; el trabajo ya no necesita luchar para defender su causa, pues el gobierno hace todo lo posible por él, mientras la huelgas que organizan los trabajadores amenazan con destruir el movimiento obrero». Y en un congreso de la A.F.L. declaró: «Hoy ya no podríamos permitir que una organización obrera paralice una industria gracias al libre empleo de su poder». Para Johnson, la distribución actual de las riquezas y las ganancias es justa; afirma que «el trabajo nunca podrá obtener más en el sistema económico actual» (algo de eso nos olíamos). La opinión del gobierno en este tema parece definitiva y obligatoria. «Si el trabajo organizado no está conforme, será suprimido».

Cae la máscara.

Antes de terminar, nos gustaría hablar del último hallazgo de Roosevelt: **fixar el precio del oro**. Ya sabemos lo que Marx pensaba de ello cuando dijo: «El hecho de que el oro, como patrón de los precios, se presente bajo los mismos nombres de cuenta que los precios de las mercancías (por ejemplo: 1 onza de oro = 20.67 dólares) ha dado lugar a la sorprendente idea de que el valor del oro puede expresarse en su **propia substancia** y que, a diferencia de todas las demás mercancías, el Estado puede darle un precio fijo».

Esta nueva medida significa que Roosevelt tiene la intención de comprar oro sobre unas bases que él mismo fijará y que fluctuarán: la cotización del dólar será «dirigida»; pero es evidente que será el dólar (papel) el que variará en función del oro, sin afectar al precio mundial del oro (que actualmente lo fija el Banco de Francia, que ha mantenido el patrón oro y la convertibilidad).

Por tanto, cuanto más suba el precio del oro fijado en dólares, más descenderá el valor del dólar en el mercado internacional. Lo que nos parece una excesiva pretensión imperialista de Roosevelt es que trate de apoderarse del control del mercado internacional de oro **para elevar los precios mundiales** (lo cierto es que si estos no suben, el aumento de los precios interiores será inoperativo). Oigamos sus proyectos: «Rectificar el reparto del oro en el mundo; el valor del oro **debe doblarse en todas partes**, el último recurso de

los capitalistas a corto plazo (países con monedas de oro) debe ser conquistado; hay que despejar el terreno para adoptar un **nuevo patrón monetario**. «Nada –dice– hay que responda mejor a las necesidades de la humanidad que un nuevo sistema monetario». El entiende por esto, evidentemente, el establecimiento del sistema de la «moneda-mercancía» o «moneda-índice», o moneda compensada, del que hemos hablado ya anteriormente, y que equivaldría a suprimir la **mercancía oro** que se emplea como medida de todas las demás mercancías. Esto sería, de hecho, la desaparición de la propia moneda, que sólo puede realizarse si desaparece también la ley del valor, el mercado y el propio capitalismo.

Resumiendo: la depreciación monetaria desencadenada por Roosevelt no puede desembocar en un alza **real** de los precios, del valor de las mercancías, ni tampoco puede, de ningún modo, aumentar la riqueza y el producto nacional; la subida de los precios sólo puede ser **nominal**, reflejándose en una mayor cantidad de **signos monetarios**. Los precios, **expresados en oro**, por el contrario, **bajarán**, y esta bajada arrastrará a los precios mundiales (este fenómeno ya se ha producido tras la devaluación de la libra esterlina).

Una subida nominal de los precios no conlleva un aumento de la capacidad adquisitiva, sino únicamente una modificación en el reparto de la capacidad adquisitiva ya existente. El único garante del poder adquisitivo es el TRABAJO y el poder adquisitivo suplementario corresponde al **nuevo trabajo** que se incorpora a la producción.

Ninguna de las medidas presentes en el experimento norteamericano y en el contexto capitalista determina ni puede determinar, en el futuro, un aumento de la capacidad general de consumo. Todo lo contrario, lo que hemos visto hasta ahora es una reducción de esta capacidad de consumo en **detrimiento** del proletariado industrial y agrícola. El abismo entre la capacidad productiva y la capacidad de consumo se agranda. Es el lógico resultado de las medidas de Roosevelt.

Al comienzo de nuestro estudio hemos indicado las tres interpretaciones esenciales de los planes imperialistas norteamericanos, cuya ejecución se confió a Roosevelt.

El capitalismo presentó este conjunto de medidas como la solución a los problemas de la crisis económica. Pero en realidad era una batida de estrada que trataba de camuflar el plan real del capitalismo yanqui: un ataque general contra la clase obrera, o mejor dicho, preparar el terreno para que la clase obrera sea incapaz de desencadenar sus acciones de clase.

El propio Roosevelt se ve obligado a dar una respuesta sin equívocos: Tras cuatro años de crisis que han reducido la producción general, debía producirse una cierta recuperación para reponer los stocks agotados; ésta debía tener un carácter específicamente capitalista.

Que esto era un periodo accidental y no la solución de la crisis lo demuestran las características de la febril actividad económica entre marzo y julio de 1933. Las diversas ramas industriales que han sido particularmente sensibles a la recuperación industrial de aquella época, no son las que constituyen el armazón del capitalismo; por otra parte, el aumento de la producción de acero no se dirige a la industria de la construcción, la forma típica de inversión capitalista a largo plazo. En general, el resto de ramas económicas, excepto

las que se encargan de producir material bélico, sufren una clara regresión después de julio, incluso comparado con la producción de 1932.

Por otra parte, Roosevelt ha aprovechado esta recuperación económica contingente y pasajera para llevar a cabo el plan de consolidación del capitalismo monopolista, suprimiendo las supervivencias individualistas del capitalismo norteamericano y tratando de completar el control total del imperialismo financiero sobre la economía. Pero donde mejor se puede ver el resultado de la política de Roosevelt y como mejor se comprende el verdadero significado de todas sus medidas económicas es en el terreno social. Según las declaraciones del general Johnson, a las que nos hemos referido, Roosevelt se ha asignado como objetivo dirigir a la clase obrera, no hacia una oposición clasista, sino a su disolución en el propio seno del capitalismo, bajo el control del Estado capitalista. Así, los conflictos sociales ya no podrían surgir de la lucha real —y de clase— entre los obreros y la patronal, sino que se limitarían a un enfrentamiento entre la clase obrera y el N.R.A., organismo del Estado capitalista. Los obreros, pues, deberían renunciar a todo intento de luchar y confiar su suerte a su propio enemigo. Es perfectamente comprensible que la socialdemocracia, cuya función histórica es poner al proletariado al servicio del capitalismo, vea en la N.R.A. **fragmentos de socialismo** y anime al proletariado a apoyar el «programa socialista de Roosevelt».

Las huelgas de Pensilvania nos demuestran que en el futuro, si los obreros encaran movimientos clasistas, chocarán con un bloque que va desde la American Federation of Labor hasta la N.R.A., y la policía podrá ametrallarles en nombre del programa «socialista» de Roosevelt. El proletariado norteamericano ha carecido de un guía indispensable para poder desencadenar movimientos clasistas en estos meses de recuperación económica, le ha faltado el partido comunista. Por eso han podido imponerle la N.R.A. En el futuro, las cláusulas de los Códigos del Trabajo serán abolidas por el propio capitalismo. Y los obreros, en una situación menos favorable, ni siquiera tendrán fuerza para hacer que se respeten los Códigos y pasarán por una época en la que la N.R.A. se convertirá en órgano de opresión violenta, incluso desde el punto de vista formal.

En fin, desde una perspectiva internacional y atendiendo a las relaciones entre los diferentes bloques imperialistas, Roosevelt puede presumir de haber logrado éxitos efectivos. En efecto, si con la devaluación del dólar el capitalismo norteamericano aún no ha ganado posiciones a sus rivales, sí ha logrado al menos defender más eficazmente el mercado norteamericano frente a la competencia extranjera, reforzando su política aduanera. ¿Pero qué hará el capitalismo norteamericano con toda su superproducción? Roosevelt no tiene más camino que el de los demás países imperialistas, pues es imposible dar salida a esta producción de manera pacífica, ni en el interior ni en el exterior. Sólo puede dirigirse a la guerra para tratar de conquistar otros mercados. Los recientes acontecimientos en Extremo Oriente y el reconocimiento de la URSS son medidas muy prácticas orientadas en esta dirección: los quinientos millones de habitantes de China son un atractivo irresistible para el apetito de los imperialistas americanos y japoneses: N.R.A., guerra económica y guerra monetaria son los heraldos de la guerra futura.

Pensar que los capitalistas se someterán de buen grado al veredicto socialista de un parlamento o de una asamblea nacional, que renunciarán tranquilamente a la propiedad, a los beneficios y a sus privilegios de explotadores, es una ilusión insensata. Hasta ahora, todas las clases dirigentes han luchado hasta sus últimas fuerzas para conservar sus privilegios. Tanto los patricios romanos como los barones feudales del Medievo, tanto los caballeros ingleses como los mercaderes de esclavos americanos, los boyardos de Valaquia y los fabricantes de seda de Lyon, todos vertieron torrentes de sangre, pasaron por encima de cadáveres, sembraron la muerte y el incendio, provocaron guerras civiles y traicionaron al Estado para defender sus privilegios y su poder.

La clase capitalista imperialista, en su calidad de último vástago de las clases explotadoras, supera a sus predecesores en brutalidad, cinismo y bajeza. Defenderá su sanctasanctorum, sus beneficios y privilegios de explotador, con uñas y dientes, mediante todos sus métodos de fría crueldad de los que ha dado buena muestra durante toda la historia de su política colonial y la última guerra mundial. Removerá cielo y tierra contra el proletariado. Movilizará al campo contra las ciudades, excitará a las capas retrasadas de obreros contra la vanguardia socialista, organizará masacres con ayuda de los oficiales, intentará paralizar cualquier medida socialista con miles de medios de resistencia pasiva, levantará contra la revolución dos docenas de Vendées, invocará la ayuda extranjera para salvarse, el hierro exterminador de Clemenceau, de Lloyd George y de Wilson; preferirá transformar su país en montañas de escombros humeantes antes de renunciar por las buenas a la esclavitud asalariada.

EL CASO CALLIGARIS

Calligaris es uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano, en el que ocupó puestos de confianza durante la terrible lucha contra el fascismo. Hay que destacar que fue él quien se encargó de la redacción del último periódico del partido, el «Lavoratore de Trieste», frente a grandes peligros, pues el fascismo ya había conquistado el poder. Al proclamarse las leyes de excepción en Italia, este revolucionario fue condenado a la deportación, desde la que continuó militando firmemente por el comunismo. Huido de Italia, al principio se negó a ver la realidad tal y como era tras la victoria del centrismo. Al igual que otros muchos proletarios de Italia, su esperanza era que, a pesar del fracaso del movimiento proletario en todos los países, quedaba al menos una última tabla de salvación: la Rusia Soviética, el país del socialismo.

Calligaris llega al extranjero, no cambia su parecer, mantiene las mismas posiciones políticas de izquierda que le habían llevado a batirse contra los socialdemócratas y contra los fascistas, junto a los obreros o los deportados. Pero no se pronuncia sobre la cuestión rusa. El centrismo apuesta, evidentemente, y se arriesga: ofrece a Calligaris que vaya a Rusia, donde el atractivo de una vida fácil, cómoda, las consideraciones al emigrado, darán la razón a su correcta política y, él también, terminará predicando el «socialismo en un solo país». Pero Calligaris no es un veleta como los Grieco, Berti, y compañía, que al llegar a Rusia no se preocuparon en ningún momento en comprender cuales eran los intereses del proletariado ruso, sino en entender inmediatamente la política de los dirigentes centristas, pues aceptarla abre la posibilidad de mantener y conservar un pequeño y hermoso cargo de «jefe del aparato».

Y Calligaris se atreve. En todas las reuniones del partido expresa su punto de vista. La respuesta es inmediata: eres un contrarrevolucionario. Y cuando pide volver junto a los emigrados, le aíslan. Entonces avisa a unos camaradas que había conocido durante su deportación, camaradas que pertenecen a nuestra fracción. «Prometeo» inicia una campaña a su favor. Los periódicos fascistas se hacen eco del asunto, tratando de demostrar a los obreros italianos que el «paraíso soviético» no es mejor que el «infierno fascista». Y el centrismo triunfa: mirad el «frente único bordigo-fascista», no hay de qué preocuparse, podemos hacer lo que queramos con Calligaris, estaremos castigando a un instrumento del fascismo y eso demuestra que el socialismo progresa a pesar de todos los obstáculos. En una respuesta tardía, los centristas italianos afirman que Calligaris había recibido instrucciones fraccionistas antes de partir hacia Rusia. ¿Acaso eso no era un cargo para un eventual proceso? Es cierto que el centrismo asegura que Calligaris puede salir de Rusia, pero entonces, ¿por qué se le deniegan los documentos necesarios? Para obligarle a pedir un pasaporte al consulado italiano y luego llamarle traidor. Si es así, no tienen por qué preocuparse, un revolucionario no se desdice por poseer un carnet de identidad obligatorio entregado por el enemigo. Pero también cabe la posibilidad de que, mientras se le impide salir del país, se le diga «puedes irte». ¿Y si, por ejemplo, el consulado italiano de Moscú le negara el pasaporte, persuadido como está de que no va a encontrar ninguna dificultad diplomática por parte del gobierno soviético, para el que Calligaris es un enemigo de Rusia?

Lo cierto es que a Calligaris aún le es imposible salir de Rusia. A partir de ahora, los proletarios comunistas deben velar por la suerte de este militante proletario. Mantendremos a nuestros lectores al corriente del caso Calligaris y contamos con lanzar un llamamiento a las organizaciones comunistas en caso de que el centrismo persista en su equivocada actitud.

Notas de traducción

1. Se refiere a la actuación del Partido Socialista Italiano durante el bienio rojo (1919-1920), antes de que se fundara el Partido Comunista de Italia.
2. Marinus Van der Lubbe, como se narra en el artículo, fue declarado culpable del incendio del Reichstag la noche del 27 al 28 de febrero de 1933 y condenado a morir en la guillotina por «alta traición». Fue ejecutado el 10 de enero de 1934.
3. Los contra-juicios de Londres y de París formaron parte de la campaña de propaganda internacional que desplegó la Internacional Comunista y los partidos comunistas tras la detención, a raíz del incendio, de cientos de sus militantes alemanes y varios de sus dirigentes, algunos de los cuales serían juzgados junto a Van der Lubbe por el incendio (entre ellos el búlgaro Dimitrov, a la sazón presidente del C.E. de la Internacional).
4. El *Livre brun sur l'incendie du Reichstag et la terreur Hitlérienne* fue editado en 1933 por el propagandista del Partido Comunista Alemán Willi Münzenberg. En él se recogían supuestas pruebas que inculpaban a los nazis del incendio del Reichstag.

La bandera del proletariado está hoy pisoteada por la burguesía. Sobre los restos de una clase obrera derrotada por el capitalismo, que ha ganado para su causa al propio Estado proletario, se sientan las bases para la santificación de los jefes que hoy recordamos. Vaciado de todo su significado comunista e internacional, Lenin se convierte en el apóstol del socialismo en un solo país

Cuando se cumplen 16 años del asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, la Fracción de izquierda del P.C.I. explica cuál es el verdadero significado del jefe proletario y deja en evidencia la posición adoptada por los socialistas y los centristas durante el juicio a Van der Lubbe, comunista acusado del incendio del Reichstag en febrero de 1933 y que acababa de ser decapitado. En este número también se completa la publicación de «El principio democrático» de Amadeo Bordiga, iniciada en el número anterior, y aparece el primer artículo firmado por Mitchell, seudónimo de Jean Baptiste Mélis, miembro de la Liga de Comunistas Internacionalistas de Bélgica, un estudio económico de los Estados Unidos y de las consecuencias de las medidas de Roosevelt para la clase trabajadora.